

LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

Introducción

Las posiciones marxistas básicas sobre la opresión de las mujeres forman parte de los fundamentos programáticos de la Cuarta Internacional. Pero esta es la primera resolución completa sobre la liberación de las mujeres adoptada por la internacional. Su propósito es establecer nuestro análisis fundamental del carácter de la opresión de las mujeres y el lugar que ocupa la lucha contra dicha opresión en nuestras perspectivas para los tres sectores de la revolución mundial: los países capitalistas avanzados, el mundo colonial y semicolonial, y los estados obreros.

I. El carácter de la opresión de las mujeres

El nuevo auge de las luchas de las mujeres

Desde finales de la década de 1960, ha surgido una creciente rebelión de las mujeres contra su opresión como sexo. En todo el mundo, millones de mujeres, especialmente jóvenes —estudiantes, trabajadoras, amas de casa—, están comenzando a desafiar algunos de los rasgos más fundamentales de su opresión secular.

El primer país donde esta radicalización de las mujeres se manifestó como un fenómeno masivo fue Estados Unidos. Se anunció con el florecimiento de miles de grupos de liberación femenina y la movilización de decenas de miles de mujeres en las manifestaciones del 26 de agosto de 1970 para conmemorar el cincuentenario de la victoriosa conclusión de la lucha por el sufragio femenino estadounidense.

Pero la nueva ola de luchas de las mujeres en América del Norte no fue un acontecimiento excepcional y aislado, como pronto lo demostró el surgimiento del movimiento de liberación de la mujer en todos los países capitalistas avanzados.

El nuevo movimiento de liberación femenina surgió en la escena histórica como parte de un auge más general de la clase trabajadora y de todos los sectores explotados y oprimidos de la población mundial. Este auge ha adoptado diversas formas, desde huelgas económicas hasta luchas contra la opresión nacional, manifestaciones estudiantiles, demandas de protección ambiental y un movimiento internacional

contra la guerra imperialista en Vietnam. Si bien el movimiento de mujeres comenzó entre estudiantes y profesionales, las demandas que planteó, sumadas a las crecientes contradicciones dentro del sistema capitalista, comenzaron a movilizar a capas mucho más amplias. Empezó a afectar la conciencia, las expectativas y las acciones de importantes sectores de la clase trabajadora, tanto hombres como mujeres.

En muchos países, el auge de las luchas de las mujeres precedió a cualquier cambio generalizado en la combatividad del movimiento obrero. En otros, como España, se entrelazó con el explosivo auge de las luchas de la clase obrera en todos los frentes. Pero en prácticamente todos los casos, el movimiento surgió al margen e independientemente de las organizaciones de masas existentes de la clase obrera, que se vieron obligadas a responder a este nuevo fenómeno. El desarrollo del movimiento de mujeres se ha convertido así en un factor importante en la batalla política e ideológica para debilitar el control de la burguesía y sus agentes dentro de la clase obrera.

El rápido crecimiento del movimiento de liberación de la mujer y el papel que ha desempeñado en la profundización de la lucha de clases, tanto a nivel internacional como en países específicos, confirman que la lucha por la liberación de la mujer debe considerarse como un componente fundamental del nuevo ascenso de la revolución mundial.

2. Esta radicalización de las mujeres no tiene precedentes por la profundidad del fermento económico, social y político que expresa y por sus implicaciones para la lucha contra la opresión y la explotación capitalistas.

En un país tras otro, un número creciente de mujeres participa en campañas a gran escala contra las leyes reaccionarias sobre el aborto y la anticoncepción, las leyes matrimoniales opresivas, las guarderías infantiles inadecuadas y las restricciones legales a la igualdad. Exponen y resisten las formas en que el sexismo se expresa en todos los ámbitos, desde la política, el empleo y la educación hasta los aspectos más íntimos de la vida cotidiana, incluyendo el peso de las tareas domésticas y la violencia e intimidación a las que se ven sometidas las mujeres en el hogar y en la calle.

Las mujeres plantean demandas que desafían las formas específicas que adopta su opresión bajo el capitalismo actual y cuestionan la arraigada división tradicional del trabajo entre hombres y mujeres, desde el hogar hasta la fábrica. Cada vez más, exigen acciones afirmativas para abrir las puertas previamente cerradas a las mujeres

en todos los ámbitos y superar el legado de siglos de discriminación institucionalizada.

Insisten en el derecho a participar con total igualdad en todas las formas de actividad social, económica y cultural: igualdad de educación, igualdad de acceso al empleo, igualdad de remuneración por igual trabajo.

Para hacer posible esta igualdad, las mujeres buscan maneras de acabar con su servidumbre doméstica. Exigen que las tareas domésticas de las mujeres se socialicen y dejen de organizarse como "trabajo de mujeres". Las más conscientes reconocen que la sociedad, a diferencia de la unidad familiar individual, debe responsabilizarse de los niños, los ancianos y los enfermos.

En el centro del movimiento de liberación femenina se encuentra la lucha por la despenalización del aborto y su accesibilidad para todas las mujeres. El derecho a controlar su propio cuerpo, a elegir si tener hijos, cuándo y cuántos, es reconocido por millones de mujeres como una condición fundamental para su liberación.

Estas reivindicaciones afectan directamente la opresión específica que sufren las mujeres a través de la familia y atentan contra los pilares de la sociedad de clases. Indican hasta qué punto la lucha por la liberación femenina es una lucha por transformar todas las relaciones sociales humanas y elevarlas a un nuevo nivel.

3. El hecho de que el movimiento de liberación femenina comenzara a surgir como fenómeno internacional incluso antes de la exacerbación de las contradicciones económicas mundiales del capitalismo a mediados de la década de 1970 no hace más que subrayar las profundas raíces de esta rebelión. Es uno de los síntomas más claros de la profunda crisis social del orden burgués actual.

Estas luchas ilustran hasta qué punto las relaciones e instituciones capitalistas obsoletas generan contradicciones cada vez más profundas en todos los sectores de la sociedad y precipitan nuevas expresiones de la lucha de clases. La agonía del capitalismo pone a nuevas capas en conflicto directo con las necesidades y prerrogativas fundamentales de la burguesía, generando nuevos aliados y fortaleciendo a la clase obrera en su lucha por derrocar el sistema capitalista. El desarrollo de la lucha de las mujeres contra su opresión ya ha comenzado a privar a la clase dominante de una de las principales armas que ha utilizado durante mucho tiempo para dividir y debilitar a los explotados y oprimidos.

4. La opresión de la mujer ha sido una característica esencial de la sociedad de clases a lo largo de la historia. Sin embargo, las tareas prácticas de erradicar sus causas, así como de combatir sus efectos, no pudieron plantearse a gran escala

antes de la era de la transición del capitalismo al socialismo. La lucha por la liberación de la mujer es inseparable de la lucha obrera por abolir el capitalismo. Constituye parte integral de la revolución socialista y de la perspectiva comunista de una sociedad sin clases.

La sustitución del sistema familiar patriarcal, arraigado en la propiedad privada, por una organización superior de las relaciones humanas es un objetivo primordial de la revolución socialista. Este proceso se acelerará y profundizará a medida que se forjen los cimientos materiales e ideológicos del nuevo orden comunista.

El desarrollo del movimiento de liberación de la mujer hoy hace avanzar la lucha de clases, fortalece sus fuerzas y mejora las perspectivas del socialismo.

5. Las mujeres solo pueden alcanzar su liberación mediante la victoria de la revolución socialista mundial. Este objetivo solo puede alcanzarse movilizándolo y organizando a las masas de mujeres como un poderoso componente de la lucha de clases. En ello reside la dinámica revolucionaria objetiva de la lucha por la liberación femenina y la razón fundamental por la que la Cuarta Internacional debe preocuparse por las mujeres que luchan por su liberación y contribuir a su liderazgo revolucionario.

Origen y naturaleza de la opresión de las mujeres

1. La opresión de la mujer no está determinada por su biología, como muchos sostienen. Sus orígenes son de carácter económico y social. A lo largo de la evolución de la sociedad preclasista y clasista, la función reproductiva de la mujer siempre ha sido la misma. Pero su estatus social no siempre ha sido el de una sirvienta doméstica degradada, sujeta al control y la autoridad del hombre.

2. Antes del desarrollo de la sociedad de clases, durante el período histórico que los marxistas han denominado tradicionalmente comunismo primitivo (sociedades de subsistencia), la producción social se organizaba comunitariamente y sus productos se compartían equitativamente. Por lo tanto, no existía explotación ni opresión de un grupo o sexo por otro, pues no existía una base material para tales relaciones sociales. Ambos sexos participaban en la producción social, contribuyendo al sustento y la supervivencia de todos. El estatus social de mujeres y hombres reflejaba el papel indispensable que cada uno desempeñaba en este proceso productivo.

3. El origen de la opresión de las mujeres está entrelazado con la transición de la sociedad preclasista a la sociedad clasista. El proceso exacto mediante el cual se produjo esta compleja transición es objeto de investigación y debate continuo, incluso entre quienes adoptan una perspectiva histórica materialista. Sin embargo,

las líneas fundamentales que dieron origen a la opresión de las mujeres son claras. El cambio en el estatus de las mujeres se desarrolló junto con la creciente productividad del trabajo humano basada en la agricultura, la domesticación de animales y la ganadería; el surgimiento de nuevas divisiones del trabajo, la artesanía y el comercio; la apropiación privada de un excedente social creciente; y el desarrollo de la posibilidad de que algunos seres humanos prosperaran gracias a la explotación del trabajo de otros.

En estas condiciones socioeconómicas específicas, a medida que la explotación de los seres humanos se volvía rentable para unos pocos privilegiados, las mujeres, debido a su rol biológico en la producción, se convirtieron en bienes valiosos. Al igual que los esclavos y el ganado, eran una fuente de riqueza. Solo ellas podían producir nuevos seres humanos cuya fuerza de trabajo podía ser explotada. Así, la compra de mujeres por parte de los hombres, junto con todos los derechos sobre su futura descendencia, surgió como una de las instituciones económicas y sociales del nuevo orden basado en la propiedad privada. El rol social principal de las mujeres se definió cada vez más como el de sirvienta doméstica y cuidadora de hijos.

Junto con la acumulación privada de riqueza, la familia patriarcal se desarrolló como la institución mediante la cual la responsabilidad de los miembros improductivos de la sociedad, especialmente los jóvenes, se transfirió de la sociedad en su conjunto a un individuo o pequeño grupo identificable. Fue la principal institución socioeconómica para perpetuar de generación en generación las divisiones de clase de la sociedad: divisiones entre quienes poseían propiedades y vivían de la riqueza producida por el trabajo ajeno, y quienes, al no poseerlas, debían trabajar para que otros vivieran. La destrucción de las tradiciones y estructuras igualitarias y comunales del comunismo primitivo fue esencial para el surgimiento de una clase explotadora y su acelerada acumulación privada de riqueza.

Este fue el origen de la familia patriarcal. De hecho, la palabra familia, que aún se usa en las lenguas de origen latino, proviene del latín original *famulus*, que significa esclavo doméstico, y familia, el conjunto de esclavos pertenecientes a un solo hombre.

Las mujeres dejaron de tener un lugar independiente en la producción social. Su rol productivo estaba determinado por la familia a la que pertenecían, por el hombre al que estaban subordinadas. Esta dependencia económica determinó el estatus social de segunda clase de las mujeres, del cual siempre ha dependido la cohesión y la continuidad de la familia patriarcal. Si las mujeres pudieran simplemente tomar a sus

hijos e irse, sin sufrir ninguna dificultad económica o social, la familia patriarcal no habría sobrevivido a través de los milenios.

La familia patriarcal y la subyugación de la mujer surgieron así, junto con las demás instituciones de la emergente sociedad de clases, para reforzar las nascentes divisiones de clase y perpetuar la acumulación privada de riqueza. El Estado, con su policía, sus ejércitos, sus leyes y sus tribunales, impuso esta relación. La ideología de la clase dominante, incluida la religión, surgió sobre esta base y desempeñó un papel vital en la justificación de la degradación del sexo femenino.

Se decía que las mujeres eran física y mentalmente inferiores a los hombres y, por lo tanto, eran «naturalmente» o biológicamente el segundo sexo. Si bien la subyugación de las mujeres siempre ha tenido consecuencias diferentes para las mujeres de distintas clases sociales, todas las mujeres, independientemente de su clase, fueron y son oprimidas como parte del sexo femenino.

4. El sistema familiar es la institución fundamental de la sociedad de clases que determina y mantiene el carácter específico de la opresión del sexo femenino.

A lo largo de la historia de la sociedad de clases, el sistema familiar ha demostrado su valor como institución de dominio clasista. La familia ha evolucionado y se ha adaptado a las necesidades cambiantes de las clases dominantes a medida que los modos de producción y las formas de propiedad privada han experimentado diferentes etapas de desarrollo. El sistema familiar bajo la esclavitud clásica era diferente del sistema familiar durante el feudalismo (no existía una verdadera familia esclava). Ambos eran muy distintos de lo que a menudo se denomina la "familia nuclear" urbana actual.

Además, el sistema familiar satisface simultáneamente diferentes requisitos sociales y económicos en relación con clases con distintos roles productivos y derechos de propiedad, cuyos intereses son diametralmente opuestos. Por ejemplo, la «familia» del siervo y la «familia» del noble eran formaciones socioeconómicas muy diferentes. Sin embargo, ambas formaban parte del sistema familiar, una institución de dominio de clase que ha desempeñado un papel indispensable en cada etapa de la historia de la sociedad de clases.

En la sociedad de clases, la familia es el único lugar al que la mayoría de las personas puede recurrir para intentar satisfacer algunas necesidades humanas básicas, como el amor y la compañía. Por muy deficiente que sea la satisfacción familiar para muchas personas, no hay una alternativa real mientras exista la propiedad privada. La desintegración de la familia bajo el capitalismo conlleva mucha miseria y sufrimiento

precisamente porque aún no puede surgir un marco superior para las relaciones humanas.

Pero brindar afecto y compañía no es lo que define la naturaleza del sistema familiar. Es una institución económica y social cuyas funciones pueden resumirse de la siguiente manera:

- a. La familia es el mecanismo fundamental mediante el cual las clases dominantes se deslindan de la responsabilidad social del bienestar económico de quienes explotan su fuerza de trabajo: las masas humanas. La clase dominante intenta, en la medida de lo posible, obligar a cada familia a responsabilizarse de la suya, institucionalizando así la distribución desigual del ingreso, el estatus y la riqueza.
 - b. El sistema familiar proporciona los medios para transmitir la propiedad de una generación a la siguiente. Es el mecanismo social básico para perpetuar la división de la sociedad en clases.
 - c. Para la clase dominante, el sistema familiar ofrece el mecanismo más económico e ideológicamente aceptable para reproducir el trabajo humano. Responsabilizar a la familia del cuidado de los hijos significa minimizar la porción de la riqueza acumulada de la sociedad —apropiada como propiedad privada— que se utiliza para asegurar la reproducción de las clases trabajadoras. Además, el hecho de que cada familia sea una unidad atomizada, que lucha por asegurar su propia supervivencia, impide que los más explotados y oprimidos se unan en una acción común.
 - d. El sistema familiar impone una división social del trabajo en la que las mujeres se definen fundamentalmente por su rol reproductivo y se les asignan tareas directamente asociadas a esta función: el cuidado de los demás miembros de la familia. Por lo tanto, la institución familiar se basa en y refuerza una división social del trabajo que implica la subyugación doméstica y la dependencia económica de las mujeres.
 - e. El sistema familiar es una institución represiva y conservadora que reproduce en su interior las relaciones jerárquicas y autoritarias necesarias para el mantenimiento de la sociedad de clases en su conjunto. Fomenta las actitudes posesivas, competitivas y agresivas necesarias para la perpetuación de las divisiones de clase.
- Moldea el comportamiento y la estructura del carácter de los niños desde la infancia hasta la adolescencia. Los educa, disciplina y controla, enseñándoles la sumisión a la autoridad establecida. Luego, frena los impulsos rebeldes e inconformistas. Reprime y distorsiona toda la sexualidad, obligándola a adoptar los canales socialmente aceptables de la actividad sexual masculina y femenina con fines

reproductivos y roles socioeconómicos. Inculca todos los valores sociales y normas de comportamiento que los individuos deben adquirir para sobrevivir en la sociedad de clases y someterse a su dominación. Distorsiona todas las relaciones humanas al imponerles el marco de la compulsión económica, la dependencia personal y la represión sexual.

5. Bajo el capitalismo, como en épocas históricas anteriores, la familia ha evolucionado. Sin embargo, el sistema familiar sigue siendo una institución indispensable para el dominio de clase, cumpliendo todas las funciones económicas y sociales descritas.

Entre la burguesía, la familia garantiza la transmisión de la propiedad privada de generación en generación. Los matrimonios suelen asegurar alianzas o fusiones rentables de grandes bloques de capital, especialmente en las primeras etapas de la acumulación de capital.

Entre la pequeña burguesía clásica, como los agricultores, los artesanos o los pequeños comerciantes, la familia también es una unidad de producción basada en el trabajo de sus miembros.

Para la clase trabajadora, si bien la familia proporciona cierto grado de protección mutua a sus miembros, en el sentido más básico es una institución de clase ajena, impuesta a la clase trabajadora y que sirve a los intereses económicos de la burguesía, no a los trabajadores. Sin embargo, a los trabajadores se les inculca desde la infancia que la consideran (al igual que el trabajo asalariado, la propiedad privada y el Estado) como la relación humana más natural e imperecedera.

a. Con el auge del capitalismo y el crecimiento de la clase obrera, la unidad familiar entre los trabajadores deja de ser una unidad de producción pequeñoburguesa, aunque sigue siendo la unidad básica a través de la cual se organizan el consumo y la reproducción de la fuerza de trabajo. Cada miembro de la familia vende su fuerza de trabajo individualmente en el mercado laboral. El vínculo económico básico que anteriormente mantenía unida a la familia de los explotados y oprimidos —es decir, el hecho de que debían trabajar juntos en cooperación para sobrevivir— comienza a disolverse. A medida que las mujeres se incorporan al mercado laboral, alcanzan cierto grado de independencia económica por primera vez desde el surgimiento de la sociedad de clases. Esto comienza a socavar la aceptación por parte de las mujeres de su subyugación doméstica. Como resultado, el sistema familiar se ve socavado.

b. Por lo tanto, existe una contradicción entre la creciente integración de la mujer al mercado laboral y la supervivencia de la familia. A medida que las mujeres alcanzan

mayor independencia económica e igualdad, la institución familiar comienza a desintegrarse. Sin embargo, el sistema familiar es un pilar indispensable del dominio de clase. Debe preservarse para que el capitalismo sobreviva.

c. El creciente número de mujeres en el mercado laboral crea una profunda contradicción para la clase capitalista, especialmente durante períodos de expansión acelerada. Deben emplear a más mujeres para beneficiarse de su sobreexplotación. Sin embargo, el empleo de mujeres limita su capacidad para realizar el trabajo doméstico básico no remunerado de la crianza de los hijos, del cual son responsables. Por lo tanto, el Estado debe comenzar a apoyar a la familia, ayudando a asegurar y subsidiar algunas de las funciones económicas y sociales que solía cumplir, como la educación, el cuidado infantil, etc.

Pero estos servicios sociales son más costosos que el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres. Absorben parte de la plusvalía que, de otro modo, sería apropiada por los dueños del capital. Reducen las ganancias. Además, este tipo de programas sociales fomenta la idea de que la sociedad, y no la familia, debe ser responsable del bienestar de sus miembros improductivos. Aumentan las expectativas sociales de la clase trabajadora.

El trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar —cocinar, limpiar, lavar, cuidar a los hijos— desempeña un papel específico en el capitalismo. Este trabajo doméstico es un elemento necesario en la reproducción de la fuerza de trabajo vendida a los capitalistas (ya sea la propia fuerza de trabajo de la mujer, la de su marido, la de sus hijos o la de cualquier otro miembro de la familia).

En igualdad de condiciones, si las mujeres no realizaran trabajo no remunerado dentro de las familias de la clase trabajadora, el nivel salarial general tendría que aumentar. Los salarios reales tendrían que ser lo suficientemente altos como para comprar los bienes y servicios que ahora se producen dentro de la familia. (Por supuesto, el nivel de vida general necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo es un dato históricamente determinado en cualquier momento y en cualquier país. No puede reducirse drásticamente sin una derrota aplastante de la clase trabajadora). Cualquier disminución general del trabajo doméstico no remunerado de las mujeres reduciría así las ganancias totales, modificando la proporción entre ganancias y salarios a favor del proletariado.

Por muy útil que sea, el trabajo doméstico de una mujer no produce mercancías para el mercado y, por lo tanto, no genera valor ni plusvalía. Tampoco entra directamente en el proceso de explotación capitalista. En términos de valor, el trabajo doméstico no remunerado en la familia afecta la tasa de plusvalía. Indirectamente, aumenta la

masa total de plusvalía social. Esto es así tanto si dicho trabajo lo realizan las mujeres como si lo comparten los hombres.

Es la clase capitalista, no los hombres en general, y mucho menos los asalariados, la que se beneficia del trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar. Esta "explotación" de la familia trabajadora, cuya carga recae abrumadoramente sobre las mujeres, solo puede erradicarse derrocando el capitalismo y socializando las tareas domésticas en el proceso de reconstrucción socialista.

El papel indispensable de la familia y el dilema que el creciente empleo femenino plantea a la clase dominante se hacen más evidentes en períodos de crisis económica. Los gobernantes deben lograr dos objetivos.

Deben expulsar a un número significativo de mujeres de la fuerza laboral para restablecer la reserva de mano de obra y reducir los niveles salariales.

Deben reducir los costos crecientes de los servicios sociales proporcionados por el Estado y transferir la carga económica y la responsabilidad de esos servicios a la familia individual del trabajador.

Para lograr ambos objetivos, deben lanzar una ofensiva ideológica contra el concepto mismo de igualdad e independencia de la mujer, y reforzar la responsabilidad de cada familia hacia sus hijos, ancianos y enfermos. Deben reforzar la imagen de la familia como la única forma "natural" de relaciones humanas, y convencer a las mujeres que han comenzado a rebelarse contra su condición subordinada de que la verdadera felicidad solo se alcanza cumpliendo su rol "natural" y primario de esposa-madre-ama de casa. Para su consternación, los capitalistas están descubriendo que, a pesar de los llamados a la austeridad y las alarmantes advertencias de crisis, cuanto más se integran las mujeres en la fuerza laboral, más difícil es reincorporarlas al hogar.

f. En las primeras etapas de la industrialización, la explotación no regulada, desenfrenada y brutal de las mujeres y los niños a menudo llega tan lejos como para erosionar seriamente la estructura familiar en la clase trabajadora y amenazar su utilidad como sistema para organizar, controlar y reproducir la fuerza de trabajo.

Esta fue la tendencia que Marx y Engels señalaron en la Inglaterra del siglo XIX. Predijeron la rápida desaparición de la familia en la clase obrera. Acertaron en su comprensión del papel de la familia en la sociedad capitalista, pero subestimaron la capacidad latente del capitalismo para frenar el desarrollo de sus contradicciones inherentes. Subestimaron la capacidad de la clase dominante para intervenir y regular el empleo de mujeres y niños, y fortalecer a la familia para preservar el propio sistema capitalista. Bajo la fuerte presión del movimiento obrero para mitigar la brutal

explotación de mujeres y niños, el Estado intervino en beneficio de la clase capitalista, a pesar de que esto contradecía el objetivo de los capitalistas de exprimir hasta la última gota de sangre de cada trabajador durante dieciséis horas al día y dejarlo morir a los treinta.

Los políticos capitalistas responsables de diseñar políticas para proteger y defender los intereses de la clase dominante son plenamente conscientes del indispensable papel económico, social y político de la familia y de la necesidad de mantenerla como núcleo social fundamental del capitalismo. La "defensa de la familia" no es solo un peculiar lema demagógico de la ultraderecha. El mantenimiento del sistema familiar es la política fundamental de todo estado capitalista, dictada por las necesidades sociales y económicas del propio capitalismo.

6. Bajo el capitalismo, el sistema familiar también proporciona el mecanismo para la superexplotación de las mujeres como trabajadoras asalariadas.

a. Proporciona al capitalismo una reserva excepcionalmente flexible de fuerza de trabajo que puede incorporarse a la fuerza laboral o devolverse al hogar con menos consecuencias sociales que cualquier otro componente del ejército de reserva de mano de obra.

Dado que toda la superestructura ideológica refuerza la ficción de que el lugar de la mujer reside en el hogar, las altas tasas de desempleo femenino provocan relativamente menos protesta social. Después de todo, se dice, las mujeres trabajan solo para complementar una fuente de ingresos ya existente para la familia. Cuando están desempleadas, se dedican a las tareas domésticas y no están tan claramente "sin trabajo". La ira y el resentimiento que sienten a menudo se disipan como una grave amenaza social por el aislamiento general y la atomización de las mujeres en hogares separados e individuales. Así, en cualquier período de crisis económica, las medidas de austeridad de la clase dominante siempre incluyen ataques al derecho de las mujeres al trabajo, incluyendo una mayor presión para que acepten empleos a tiempo parcial, recortes en las prestaciones por desempleo para las "amas de casa" y la reducción de servicios sociales como las guarderías.

b. Dado que se supone que el lugar "natural" de las mujeres es el hogar, el capitalismo tiene una justificación ampliamente aceptada para perpetuar:

1) El empleo de mujeres en trabajos mal pagados y no cualificados. «No merece la pena capacitarlas porque solo se embarazarán o se casarán y renunciarán».

2) Salarios desiguales y bajos. De todas formas, solo trabajan para comprar aparatos y lujos.

3) Profundas divisiones dentro de la propia clase trabajadora. «Está tomando un trabajo que un hombre debería tener».

4) La falta de integración proporcional de las trabajadoras en los sindicatos y otras organizaciones de la clase trabajadora. «No debería estar corriendo a las reuniones. Debería estar en casa cuidando a los niños».

c. Dado que todas las estructuras salariales se construyen desde abajo, esta superexplotación de las mujeres como fuerza laboral de reserva también desempeña un papel irremplazable en la contención de los salarios de los hombres.

d. La subyugación de las mujeres dentro del sistema familiar proporciona las bases económicas, sociales e ideológicas que posibilitan su sobreexplotación. Las trabajadoras son explotadas no solo como mano de obra asalariada, sino también como una fuerza laboral paria definida por su sexo.

7. Dado que la opresión de la mujer está históricamente entrelazada con la división de la sociedad en clases y con el papel de la familia como unidad básica de la sociedad de clases, esta opresión solo puede erradicarse con la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Hoy en día, son estas relaciones de producción de clase —y no las capacidades productivas de la humanidad— las que constituyen el obstáculo para transferir a la sociedad en su conjunto las funciones sociales y económicas que, bajo el capitalismo, correspondían a la familia individual.

8. El análisis materialista del origen histórico y las raíces económicas de la opresión de la mujer es esencial para desarrollar un programa y una perspectiva capaces de lograr la liberación femenina. Rechazar esta explicación científica conduce inevitablemente a uno de dos errores:

a. Un error que cometen muchos que afirman seguir el método marxista es negar, o al menos minimizar, la opresión de la mujer como sexo a lo largo de toda la historia de la sociedad de clases. Ven la opresión de la mujer pura y simplemente como un aspecto de la explotación de la clase trabajadora. Esta perspectiva otorga peso e importancia a las luchas de las mujeres solo en su calidad de trabajadoras asalariadas. Afirma que las mujeres serán liberadas, de paso, por la revolución socialista, por lo que no hay necesidad especial de que se organicen como mujeres que luchan por sus propias reivindicaciones.

Al rechazar la necesidad de que las mujeres se organicen contra su opresión, sólo refuerzan las divisiones dentro de la clase trabajadora y retardan el desarrollo de la conciencia de clase entre las mujeres que comienzan a rebelarse contra su condición de subordinación.

b. Quienes argumentan que la dominación masculina sobre las mujeres existía antes del surgimiento de la sociedad de clases cometen un error simétrico. Esta se concretó, sostienen, mediante la división sexual del trabajo. Por lo tanto, la opresión patriarcal debe explicarse por razones distintas al desarrollo de la propiedad privada y la sociedad de clases. Consideran el patriarcado como un conjunto de relaciones opresivas paralelas, pero independientes, a las relaciones de clase.

Quienes han desarrollado este análisis de forma sistemática suelen aislar el rol de la mujer en la reproducción y centrarse únicamente en él. Ignoran en gran medida la primacía del trabajo cooperativo, esencia de la sociedad humana, y conceden poca importancia al lugar de la mujer en el proceso de producción en cada etapa histórica. Algunos incluso llegan a teorizar un modo de reproducción patriarcal atemporal con control masculino sobre los medios de reproducción (las mujeres). A menudo proponen explicaciones psicoanalíticas que caen fácilmente en un idealismo ahistórico, arraigando la opresión en impulsos biológicos o psicológicos arrancados del marco materialista de las relaciones sociales.

Esta corriente, a veces organizada como "feministas radicales", incluye tanto a antimarxistas conscientes como a otras que consideran estar realizando una "redefinición feminista del marxismo". Sin embargo, la visión de que la opresión de las mujeres es paralela, y no arraigada en, el surgimiento y desarrollo de la explotación de clase lleva a las más consistentes a plantear la necesidad de un partido político de mujeres basado en un programa "feminista" que pretenda ser independiente de la lucha de clases. Son hostiles y rechazan la necesidad de que mujeres y hombres se organicen juntos sobre la base de un programa revolucionario de la clase trabajadora para acabar tanto con la explotación de clase como con la opresión sexual. Ven poca necesidad de alianzas en la lucha con otras personas oprimidas y explotadas.

Ambos enfoques unilaterales niegan la dinámica revolucionaria de la lucha por la liberación femenina como una forma de lucha de clases. Ambos ignoran que, para tener éxito, la lucha por la liberación femenina debe trascender los límites de las relaciones de propiedad capitalistas. Ambos rechazan las implicaciones que este hecho tiene para la clase trabajadora y su liderazgo marxista revolucionario.

Raíces de la nueva radicalización de las mujeres

1. El movimiento de liberación de la mujer de hoy se apoya en las luchas anteriores de las mujeres a finales del siglo XX.

Con la consolidación del capitalismo industrial a lo largo del siglo XIX, un número creciente de mujeres se integró al mercado laboral. La brecha entre el estatus social y

legal de las mujeres, heredado del feudalismo, y su nueva condición económica como trabajadoras asalariadas que vendían su fuerza de trabajo en el mercado generó flagrantes contradicciones. Para las mujeres de la clase dominante, el capitalismo también abrió las puertas a la independencia económica. De estas contradicciones surgió la primera ola de luchas de las mujeres por la plena igualdad jurídica con los hombres.

Entre quienes luchaban por los derechos de las mujeres se encontraban diferentes corrientes políticas. Muchas de las líderes sufragistas eran mujeres que creían que el voto debía ganarse demostrando a la clase dominante que eran fieles defensoras del sistema capitalista. Algunas vincularon la lucha sufragista con el apoyo al imperialismo durante la Primera Guerra Mundial y a menudo se oponían al derecho al voto de los hombres y mujeres sin propiedades, los inmigrantes y los negros.

Pero también existía una fuerte corriente de mujeres socialistas en varios países que consideraban la lucha por los derechos de las mujeres como parte de la lucha de la clase trabajadora y, sobre esa base, movilizaban el apoyo de mujeres y hombres de la clase trabajadora. Lucharon por el derecho al voto y desempeñaron un papel decisivo en la lucha por el sufragio en países como Estados Unidos. También plantearon y lucharon por otras reivindicaciones, como la igualdad salarial y los servicios de anticoncepción.

Incluso algunos países semicoloniales como Chile, Argentina y México vieron el surgimiento de grupos feministas durante este mismo período.

Mediante la lucha, las mujeres de los países capitalistas más avanzados conquistaron, en distintos grados, varios derechos democráticos importantes: el derecho a la educación superior, el derecho a ejercer oficios y profesiones, el derecho a recibir y disponer de su propio salario (que antes se consideraba derecho del esposo o padre), el derecho a la propiedad, el derecho al divorcio y el derecho a participar en organizaciones políticas. En varios países, este primer auge culminó en luchas masivas por el derecho al voto.

2. El sufragio femenino, posterior o en ocasiones acompañante del sufragio universal masculino, representó una importante conquista objetiva para la clase trabajadora. Reflejó, y a su vez contribuyó a impulsar, el cambio de estatus social de la mujer. Por primera vez en la sociedad de clases, las mujeres fueron legalmente consideradas ciudadanas aptas para participar en los asuntos públicos, con derecho a voz en cuestiones políticas importantes, no solo en asuntos domésticos.

Aunque la causa subyacente de la condición subordinada de la mujer se encuentra en los cimientos mismos de la sociedad de clases y del papel especial de la mujer dentro de la familia, no en la negación formal de la igualdad ante la ley, la extensión de los derechos democráticos a las mujeres les dio mayor libertad de acción y ayudó a las generaciones posteriores a ver que las fuentes de la opresión de la mujer eran más profundas.

3. Las raíces de la nueva radicalización de las mujeres se encuentran en los cambios económicos y sociales de la posguerra, que han profundizado las contradicciones en la economía capitalista, en la condición de la mujer y en el sistema familiar patriarcal. En distintos grados, los mismos factores influyeron en todos los países que permanecieron dentro del mercado capitalista mundial. Pero no es sorprendente que el resurgimiento del movimiento feminista actual se produjera primero en los países capitalistas más avanzados, como Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, donde estos cambios y contradicciones se habían desarrollado más.

a. Los avances en la ciencia y la tecnología médica en el campo de la anticoncepción y el aborto han creado los medios para que muchas mujeres tengan un mayor control sobre sus funciones reproductivas. El control de las mujeres sobre sus propios cuerpos es una condición previa para la liberación femenina.

Si bien estas técnicas médicas son más accesibles, las leyes reaccionarias, reforzadas por las costumbres burguesas, la intolerancia religiosa y toda la superestructura ideológica de la sociedad de clases, a menudo impiden que las mujeres ejerzan el control sobre sus propias funciones reproductivas. Se inventan barreras financieras, legales, psicológicas y morales para intentar impedir que las mujeres exijan el derecho a elegir si tener hijos y cuándo. Además, las limitaciones impuestas a la investigación debido a las consideraciones de lucro capitalista y la indiferencia sexista por la vida de las mujeres han implicado continuos riesgos para la salud de las mujeres que utilizan los métodos anticonceptivos más convenientes.

Esta contradicción entre lo posible y lo realmente existente afecta la vida de todas las mujeres. Ha dado origen a las poderosas luchas por el derecho al aborto, que han estado en el centro del movimiento de mujeres a escala internacional.

b. Las prolongadas condiciones de auge de la expansión de posguerra aumentaron significativamente el porcentaje de mujeres en la fuerza laboral.

Por ejemplo, en Estados Unidos, en 1950, el 33,9 % de las mujeres de entre 18 y 64 años formaban parte de la fuerza laboral. Para 1975, esta proporción había aumentado al 54 %. Entre 1960 y 1975, casi dos tercios de los nuevos empleos

creados fueron ocupados por mujeres. En 1978, las mujeres trabajadoras representaban el 29,1 %.

Igualmente importante es que el porcentaje de mujeres trabajadoras con hijos aumentó drásticamente, así como el porcentaje de mujeres trabajadoras que eran cabezas de familia.

En España trabajan hoy tres veces más mujeres que en 1930.

En Gran Bretaña, entre 1881 y 1951, la proporción de mujeres empleadas se mantuvo bastante estable, entre el 25 % y el 27 %. Para 1965, el 34 % de las mujeres de entre 16 y 64 años trabajaban a tiempo parcial, y el 54,3 % se consideraba económicamente activa. Casi dos tercios de las mujeres trabajadoras estaban casadas.

Solo algunos países que aún contaban con un alto porcentaje de trabajadores agrícolas después de la Segunda Guerra Mundial experimentaron una disminución del empleo femenino durante la posguerra. Esto se debió a que, con la migración a las ciudades, muchas mujeres no se reintegraron a la denominada población activa. En Italia, por ejemplo, donde este factor se combinó con el desarrollo del sector típicamente femenino en las pequeñas empresas, se observó una disminución del porcentaje de mujeres en la fuerza laboral.

En regiones extremadamente deprimidas, como el sur de Italia y el norte de Portugal, este retroceso ha ido acompañado de un resurgimiento de la industria artesanal a gran escala. Se incentiva a las mujeres a trabajar a destajo en sus máquinas de coser en casa, ahorrando así a los patrones los gastos de mantenimiento de la fábrica, las cotizaciones a la salud y la seguridad social, las huelgas y otros problemas derivados de una fuerza de trabajo organizada.

Con la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral, no se ha producido un cambio sustancial en el grado de discriminación salarial contra ellas. En muchos países, esta diferencia entre los sexos, de hecho, se ha ampliado.

Esto se debe principalmente a que el aumento del empleo femenino no se ha distribuido equitativamente entre todas las categorías laborales. En casi todos los países, las mujeres representan entre el 70 % y el 90 % de la fuerza laboral empleada en los sectores textil, del calzado, de la confección, del tabaco y otras industrias ligeras, es decir, los sectores con los salarios más bajos. Las mujeres también representan el 70 % o más de las personas empleadas en el sector servicios, y la gran mayoría de ellas ocupa los puestos menos remunerados: secretarías, archivistas, personal sanitario, profesoras de primaria y operadoras de máquinas perforadoras.

La discriminación en los sectores laborales —exacerbada en muchos casos por la desigualdad salarial por el mismo trabajo— es la razón fundamental por la que, incluso en los países donde el movimiento obrero ha luchado con más ahínco en esta cuestión, el salario medio de las mujeres apenas supera el 75 % del salario medio de los hombres. Esto también explica por qué la diferencia puede incluso ampliarse con la incorporación masiva de mujeres a los sectores peor remunerados de la economía. Este es el caso de Estados Unidos, donde el ingreso medio de las trabajadoras a tiempo completo durante todo el año era el 64 % del de los hombres en 1955, pero descendió al 59 % en 1977.

A pesar de su creciente participación en la fuerza laboral, las mujeres aún se ven obligadas a asumir la mayoría, si no la totalidad, de las tareas domésticas, además de su trabajo asalariado. Como consecuencia, a menudo dejan de trabajar temporalmente cuando tienen hijos, especialmente cuando se enfrentan a muchas horas extras forzadas, y luego tienen dificultades para encontrar nuevos empleos. Si continúan trabajando, se ven obligadas a quedarse en casa cuando un hijo está enfermo.

Esto ha provocado un aumento significativo del trabajo a tiempo parcial por parte de las mujeres, ya sea porque no pueden encontrar empleo a tiempo completo o porque no pueden afrontar las tareas domésticas. Sin embargo, el trabajo a tiempo parcial conlleva invariablemente salarios más bajos, menor seguridad laboral, escasas prestaciones de la seguridad social y menor probabilidad de sindicalización.

El creciente peso de las mujeres en la fuerza laboral ha tenido un fuerte impacto en las actitudes de sus compañeros hombres. Esto es especialmente cierto en los casos en que las mujeres han comenzado a abrirse camino en empleos de la industria básica de los que anteriormente estaban excluidas.

Sin embargo, las trabajadoras aún enfrentan numerosas formas de discriminación y abuso sexista, promovidas, organizadas y mantenidas por los patrones. Sus compañeros a menudo las desconocen y, en ocasiones, expresan las mismas actitudes retrógradas. Además, la burocracia laboral impide el uso del poder sindical para superar los obstáculos especiales que enfrentan las mujeres, como la negativa a conceder licencias remuneradas por maternidad, riesgos para la salud que son doblemente peligrosos para las embarazadas y el acoso por parte de capataces y supervisores que utilizan su control sobre los trabajos para presionarlas a mantener relaciones sexuales.

c. El aumento del nivel educativo promedio de las mujeres ha agudizado aún más las contradicciones. A medida que aumenta la productividad laboral y el nivel cultural

general de la clase trabajadora, más mujeres terminan la educación secundaria. Además, las mujeres son admitidas en instituciones de educación superior a una escala cualitativamente mayor que nunca.

Sin embargo, como indican las estadísticas de empleo, el porcentaje de mujeres que ocupan puestos acordes con su nivel educativo no ha seguido el mismo ritmo. En todos los ámbitos del mercado laboral, desde la industria hasta las profesiones liberales, las mujeres con mayor nivel educativo suelen verse relegadas a un segundo plano por los hombres con menor nivel educativo. Además, a lo largo de la educación primaria y secundaria, se sigue obligando a las niñas —a través de cursos obligatorios o mediante presiones más indirectas— a acceder a lo que se consideran empleos y roles femeninos.

A medida que reciben mayor educación y las luchas sociales aumentan sus expectativas individuales, la agobiante y abrumadora monotonía de las tareas domésticas y las limitaciones de la vida familiar se vuelven cada vez más insoportables. Así, el mayor nivel educativo de las mujeres, sumado a la intensificación de la lucha de clases, ha profundizado la contradicción entre sus capacidades demostradas y sus aspiraciones más amplias, y su estatus social y económico real.

d. Las funciones de la unidad familiar en la sociedad capitalista avanzada se han reducido continuamente. Se ha convertido cada vez menos en una unidad de pequeña producción, ya sea agrícola o doméstica (conservas, tejidos, costura, panadería, etc.). La familia nuclear urbana actual ha recorrido un largo camino desde la productiva familia campesina de siglos anteriores. Al mismo tiempo, en su afán de lucro, la industria capitalista orientada al consumo y la publicidad buscan maximizar la atomización y duplicación del trabajo doméstico para vender a cada hogar su propia lavadora, secadora, lavavajillas, aspiradora, etc.

A medida que aumenta el nivel de vida, el promedio de hijos por familia disminuye drásticamente. Los alimentos preparados industrialmente y otras comodidades se vuelven cada vez más accesibles. Sin embargo, a pesar de los avances tecnológicos, encuestas en varios países imperialistas han demostrado que las mujeres con más de un hijo y un trabajo a tiempo completo deben trabajar de 80 a 100 horas semanales, más horas que las reveladas en encuestas similares realizadas en 1926 y 1952. Si bien los electrodomésticos han facilitado ciertas tareas domésticas, la reducción del tamaño de la unidad familiar promedio ha significado que las mujeres tienen menos posibilidades de recurrir a la ayuda de abuelos, tías o hermanas.

Con todos estos cambios, la base objetiva para confinar a las mujeres al hogar se vuelve cada vez menos convincente. Sin embargo, las necesidades de la clase dominante exigen la preservación del sistema familiar. La ideología burguesa y el condicionamiento social siguen reforzando la ficción reaccionaria de que la identidad y la plenitud de la mujer deben provenir de su rol de esposa, madre y ama de casa. La contradicción entre la realidad y el mito se vuelve cada vez más evidente e intolerable para un número creciente de mujeres.

Esta situación se denomina frecuentemente “la crisis de la familia”, y se expresa en el aumento de las tasas de divorcio, el incremento del número de niños que se escapan de sus hogares y el incremento de la violencia doméstica.

4. Mayores derechos democráticos y mayores oportunidades sociales no han "satisfecho" a las mujeres ni las han inclinado a una aceptación pasiva de su inferioridad social y dependencia económica. Por el contrario, han estimulado nuevas luchas y reivindicaciones de mayor alcance.

En general, fueron las mujeres jóvenes con estudios universitarios, quienes gozaban de una libertad de elección relativamente mayor y las más afectadas por la radicalización juvenil de la década de 1960, quienes primero expresaron las reivindicaciones de las mujeres de forma organizada y abierta. Esto llevó a quienes se consideran marxistas a concluir que la liberación femenina es básicamente un movimiento de protesta de la clase media o burguesa, sin interés serio para los revolucionarios ni para las masas de mujeres trabajadoras. No podrían estar más equivocados.

El desarrollo inicial del movimiento de liberación femenina solo sirvió para enfatizar la profundidad y el alcance de la opresión femenina. Incluso aquellas con mayores ventajas en términos de educación y otras oportunidades se vieron y siguen viéndose impulsadas a la acción. Las más oprimidas y explotadas no son necesariamente las primeras en expresar su descontento.

5. El impulso para recortar el gasto social en la mayoría de los países capitalistas avanzados ha contribuido al crecimiento del movimiento de liberación femenina en los últimos años y a la creciente participación de las mujeres de la clase trabajadora. Tras la Segunda Guerra Mundial, en un contexto de crecientes demandas de la clase trabajadora para que el Estado proporcionara más servicios sociales, la burguesía, especialmente en Europa, se vio obligada a ampliar las urbanizaciones, los servicios de salud y los programas de prestaciones familiares. Posteriormente, a medida que el auge de las décadas de 1950 y 1960 generó una creciente demanda de mano de obra

femenina, se ampliaron servicios como guarderías y lavanderías para incentivar el empleo de las mujeres.

Hoy, ante la profundización de los problemas económicos, la clase dominante está recortando drásticamente el gasto social e intentando trasladar la carga a la familia, con todas las consecuencias que esto conlleva para las mujeres. Sin embargo, la resistencia a ser expulsadas de sus recién adquiridos puestos en la fuerza laboral y la amplia oposición femenina a los recortes sociales, como el cierre de guarderías, han creado problemas inesperadamente espinosos para los gobernantes en muchos países. Imbuidas de una creciente conciencia feminista, las mujeres se han mostrado más combativas y menos dispuestas que nunca a asumir una carga desproporcionada en la actual crisis económica.

6. Si bien la radicalización de las mujeres tiene una dinámica propia, determinada por el carácter específico de la opresión femenina y los cambios objetivos descritos, no está aislada del auge más general de la lucha de clases que se está produciendo hoy en día. No depende directamente de otras fuerzas sociales, ni está subordinada a su liderazgo ni sujeta a su iniciativa. Al mismo tiempo, el movimiento de mujeres ha estado y sigue estando profundamente interconectado con el auge de otras luchas sociales, todas las cuales han afectado igualmente la conciencia de toda la clase trabajadora.

a. Desde el principio, el nuevo auge de las luchas de las mujeres se ha visto fuertemente afectado por la radicalización internacional de la juventud y el creciente desafío a los valores e instituciones burgueses que la acompañaron. Los jóvenes, tanto hombres como mujeres, comenzaron a cuestionar la religión; a rechazar el patriotismo; a desafiar las jerarquías autoritarias, desde la familia hasta la escuela, la fábrica y el ejército; a rechazar la inevitabilidad de una vida de trabajo alienado. La juventud radicalizada comenzó a rebelarse contra la represión sexual y a desafiar la moral tradicional que equiparaba el sexo con la reproducción. Para las mujeres, esto implicó un desafío a la educación tradicional de las mujeres para ser sexualmente pasivas, sentimentales, temerosas y tímidas. Masas de jóvenes, incluidas las mujeres jóvenes, tomaron mayor conciencia de su miseria sexual e intentaron buscar relaciones personales más plenas.

b. Uno de los factores que ha contribuido a la radicalización internacional de la juventud ha sido el papel desempeñado por las luchas de liberación de las naciones y nacionalidades oprimidas, tanto en el mundo colonial como en los países capitalistas avanzados. Además, estas han tenido un poderoso impacto en la concienciación sobre la opresión de las mujeres en general. Por ejemplo, la lucha de

los negros en Estados Unidos desempeñó un papel crucial en la difusión de una conciencia y un rechazo generalizados de los estereotipos racistas. Las evidentes similitudes entre las actitudes racistas y los estereotipos sexistas de las mujeres como criaturas inferiores, emocionales, dependientes y tontas pero felices generaron una creciente sensibilidad y rechazo a dichas caricaturas.

A medida que el movimiento feminista se ha desarrollado en los países capitalistas avanzados, las mujeres de las nacionalidades oprimidas han comenzado a desempeñar un papel cada vez más destacado. Como nacionalidades oprimidas, como mujeres y, con frecuencia, como trabajadoras superexplotadas, estas mujeres sufren una doble y, a menudo, triple opresión. Su lugar objetivo en la sociedad les permite desempeñar un papel estratégico en la clase trabajadora y entre sus aliados.

Sin embargo, en general, ha habido un retraso en el ritmo con el que las mujeres de nacionalidades oprimidas han tomado conciencia de su opresión específica como mujeres. Existen varias razones para esto. Para muchas, la profundidad de su opresión nacional eclipsa inicialmente su opresión como mujeres. Muchos movimientos nacionalistas radicales se han negado a asumir las demandas de las mujeres, considerándolas divisivas para la lucha por la liberación nacional. El movimiento organizado de mujeres a menudo ha incumplido su obligación de abordar las necesidades de las capas más oprimidas y explotadas de mujeres y comprender las dificultades especiales que enfrentan. Además, el arraigo familiar suele ser particularmente fuerte entre las mujeres de las nacionalidades oprimidas, ya que a veces parece proporcionar un amortiguador parcial contra las presiones devastadoras del racismo y la aniquilación cultural.

Sin embargo, una vez que comienza la radicalización, la experiencia ya ha demostrado que adquiere un carácter explosivo, impulsando a las mujeres de nacionalidades oprimidas al liderazgo de numerosas luchas sociales y políticas, incluyendo luchas en el trabajo, en los sindicatos, en las universidades y en las comunidades, así como en el movimiento feminista. Rápidamente comprenden que la lucha contra su opresión como mujeres no debilita, sino que fortalece, la lucha contra su opresión nacional.

c. La crisis de las religiones tradicionales organizadas, especialmente la Iglesia católica, ha contribuido al auge del movimiento feminista. El debilitamiento de la influencia de la Iglesia (acompañado del auge del ocultismo y el misticismo) es una manifestación dramática de la crisis ideológica de la sociedad burguesa. Toda religión organizada, que forma parte de la superestructura de la sociedad de clases, se basa en la idea de que las mujeres son inferiores, si no la encarnación misma del mal y la

animalidad, y la refuerza. El cristianismo y el judaísmo, que caracterizan las culturas de los países capitalistas avanzados, siempre han defendido la desigualdad de las mujeres y les han negado el derecho a separar la sexualidad de la reproducción.

En los países donde la Iglesia católica ha tenido una influencia especialmente fuerte, a menudo son las mujeres radicalizadas las que encabezan el desafío al poder y al control ideológico de la Iglesia, como lo muestran las manifestaciones de decenas de miles de personas por el derecho al aborto en Italia, o las manifestaciones de 1976 contra las leyes contra el adulterio en España.

También en Israel la lucha por el derecho al aborto sacudió la estabilidad del gobierno de Begin.

En muchas naciones oprimidas como Quebec, Irlanda y Euzkadi (País Vasco), y entre el pueblo chicano, la ideología represiva de la Iglesia católica se ha combinado de forma particularmente opresiva con el mito de la "mujer-madre", el centro de la familia, como único polo de estabilidad social, emocional y política, el único refugio contra los estragos de la opresión nacional. En Quebec, durante años, esta amalgama se expresó en el concepto de la "venganza de la cuna", que sugería que las mujeres quebequenses debían salvar a la nación de la asimilación teniendo muchos hijos.

d. El movimiento lésbico-feminista surgió como un aspecto interrelacionado pero distinto de la radicalización de las mujeres.

Las lesbianas se han organizado como parte del movimiento por los derechos de los homosexuales, generalmente considerando necesario luchar dentro del movimiento para que se reconozcan sus demandas específicas como mujeres homosexuales. Sin embargo, las lesbianas también sufren opresión como mujeres. Muchas se radicalizaron primero como mujeres y sintieron que la discriminación que sufrían debido a su orientación sexual era solo un elemento de las limitaciones sociales y económicas que enfrentan las mujeres al intentar determinar el rumbo de sus vidas. Por ello, muchas lesbianas estuvieron a la vanguardia del movimiento feminista desde sus inicios. Han formado parte de todas las corrientes políticas dentro del movimiento de liberación femenina, desde las lesbianas separatistas hasta las marxistas revolucionarias, y han contribuido a que todo el movimiento sea más consciente de las formas específicas en que se oprime a las mujeres homosexuales.

Debido a la insistencia del movimiento lésbico en el derecho de las mujeres a vivir independientemente de los hombres, a menudo se convierten en blanco de ataques de la reacción. Desde la propaganda de odio hasta las agresiones físicas violentas,

los ataques contra las lesbianas y el movimiento lésbico se dirigen en realidad contra el movimiento de mujeres en su conjunto. Los intentos de dividir el movimiento de mujeres mediante la incitación a la violencia lésbica deben ser rechazados de forma clara e inflexible si se pretende avanzar en la lucha por la liberación femenina.

En muchos países capitalistas avanzados, las trabajadoras inmigrantes también han desempeñado un papel especial. No solo son sobreexplotadas como parte de la fuerza laboral, sino que también son víctimas de leyes discriminatorias especiales. Como mujeres, a menudo no tienen derecho a acompañar a sus esposos a ningún país a menos que hayan conseguido empleo antes de emigrar. Si encuentran trabajo, a menudo se ven obligadas a renunciar para seguir a sus esposos a otro lugar. Las medidas gubernamentales adoptadas en los últimos años para reducir el número de trabajadores inmigrantes en muchos países capitalistas avanzados han agravado aún más la discriminación de estas leyes.

En un país como Suiza, donde los trabajadores inmigrantes representan casi el 30 % de la fuerza laboral industrial, y en otros países europeos donde las mujeres inmigrantes son mayoría en algunos sectores como el hospital, las trabajadoras inmigrantes han desempeñado un papel decisivo en la concienciación política del movimiento feminista. Han contribuido a liderar luchas en industrias que emplean predominantemente a mujeres. Aún más importante, han contribuido a estimular el debate en el movimiento feminista sobre las políticas económicas y sociales de la clase dominante. Las leyes discriminatorias en relación con la inmigración en general; la xenofobia y el racismo; las divisiones resultantes dentro de la clase trabajadora; las formas en que las mujeres inmigrantes se ven particularmente afectadas por estas divisiones; la necesidad de que los sindicatos y el movimiento feminista luchen por los intereses de las capas más superexplotadas; los problemas que enfrentan las mujeres que se encuentran aisladas tanto en sus propios hogares como por el entorno hostil en el que viven: todas estas son preguntas que se plantean al movimiento feminista y que contribuyen a plantear algunos de los aspectos más importantes de una perspectiva de lucha de clases.

7. El declive del auge de la posguerra y la profundización de los problemas económicos, sociales y políticos del imperialismo a escala mundial, acentuados por la recesión internacional de 1974-75, llevaron a una intensificación de los ataques a los derechos de las mujeres en todos los niveles. Esto no provocó un declive en las luchas de las mujeres ni las relegó a un segundo plano ante el ascenso de fuerzas sociales más poderosas. Lejos de disminuir a medida que las luchas de la clase trabajadora organizada se agudizaban en los últimos años, la conciencia feminista y las luchas de las mujeres continúan extendiéndose y se entrelazan cada vez más con

el desarrollo de la conciencia social y la combatividad política de las mujeres y los hombres de la clase trabajadora. La resistencia de las mujeres a la ofensiva económica, política e ideológica de la clase dominante se ha visto reforzada por la creciente conciencia feminista. Sus luchas han sido un poderoso motor de protesta social y radicalización política. Respuestas de la burguesía y de las corrientes del movimiento obrero.

Respuestas de la burguesía y de corrientes del movimiento obrero

1. Rápidamente surgieron divisiones dentro de la clase capitalista sobre la mejor manera de responder al nuevo auge de las luchas de las mujeres para mitigar su impacto y desviar su impulso radical. Sin embargo, tras los intentos iniciales de desestimar el movimiento de mujeres con burla y desprecio, la opinión predominante dentro de la clase dominante ha sido la de apoyar de palabra la idea de que las mujeres tienen al menos algunas quejas justas. Se ha intentado mostrar preocupación mediante la creación de departamentos, comisiones o proyectos gubernamentales especiales para captar la atención de las mujeres, al tiempo que se trabaja con ahínco para integrar el liderazgo del movimiento de mujeres en los patrones aceptados de colaboración de clases. En la mayoría de los países, la clase dominante se vio obligada a hacer algunas concesiones que parecían menos perjudiciales económica e ideológicamente, y luego intentó constantemente retractarse.

En cada caso, el objetivo ha sido el mismo, cualquiera que sea la táctica: contener la radicalización naciente en el marco de reformas mínimas del sistema capitalista.

En muchos países europeos, se han tomado medidas para liberalizar las prestaciones por maternidad mediante la ampliación de las licencias, el aumento del porcentaje de la remuneración que reciben las mujeres durante la baja o la garantía de trabajo sin goce de sueldo tras una baja por maternidad. En otros países, los gobiernos han debatido ostentadamente la justicia de las promesas de leyes de igualdad salarial o la liberalización de las leyes de divorcio. En Estados Unidos, ambos partidos políticos capitalistas han declarado públicamente su apoyo a la aprobación de una enmienda constitucional que promueva la igualdad de derechos, mientras que en la práctica sabotean cada intento de conseguir los votos necesarios para convertirla en ley.

Pero cuando se trata de programas sociales que tendrían un impacto económico inmediato y significativo -como la expansión de las instalaciones de cuidado infantil- los avances han sido prácticamente inexistentes.

El logro más significativo del movimiento internacional de mujeres en la década transcurrida desde su surgimiento ha sido la significativa expansión del acceso al aborto legal. En más de veinte países se ha producido una marcada liberalización de las leyes sobre el aborto.

En todos los países donde las mujeres han logrado avances significativos hacia el establecimiento del derecho al aborto, se ha hecho evidente rápidamente que este derecho nunca está garantizado bajo el capitalismo. Dondequiera que las mujeres comiencen a luchar por el derecho a controlar sus propias funciones reproductivas, los defensores más reaccionarios del sistema capitalista se han movilizado de inmediato para impedir que se establezca esta condición fundamental para la liberación de las mujeres. El derecho a elegir supone un desafío demasiado grande para las bases ideológicas de la opresión de las mujeres.

Sin embargo, es políticamente importante ver con claridad que organizaciones de extrema derecha como "Laissez les vivre", "Oui a la vie", "Right to Life" y "Society for the Protection of the Unborn Child", vinculadas a corrientes xenófobas, clericales, racistas o abiertamente fascistas, se nutren de políticas gubernamentales oficiales. Funcionan como protectoras fanáticas del statu quo, intentando apelar y movilizar los prejuicios más retrógrados, profundamente arraigados en la clase trabajadora y la pequeña burguesía, y prestan un valioso servicio a los gobernantes. Pero sin el apoyo indirecto, y a veces abierto, de los sectores dominantes de la clase dominante, su papel sería mucho menos influyente.

2. El surgimiento del movimiento de liberación de la mujer ha planteado un profundo desafío a todas las corrientes políticas que pretenden representar los intereses de la clase trabajadora.

Los estalinistas y los socialdemócratas en particular se quedaron desconcertados por el rápido desarrollo de una radicalización significativa que no esperaba su liderazgo.

Las respuestas de las dos corrientes reformistas de masas en la clase obrera variaron de un país a otro en función de su fuerza numérica, su base en la clase obrera y en las burocracias sindicales, y su proximidad a la responsabilidad del gobierno de su propio estado capitalista. Pero en todos los casos, las reacciones tanto de estalinistas como de socialdemócratas han estado determinadas por dos objetivos a veces contrapuestos: su compromiso con las instituciones básicas de la dominación de clase, incluida la familia; y su necesidad de mantener o fortalecer su influencia en la clase obrera para contener las luchas obreras dentro de los límites de las relaciones de propiedad capitalistas.

El auge del movimiento de liberación femenina obligó tanto a estalinistas como a socialdemócratas a adaptarse a la cambiante situación política. El año 1975, en particular, dio lugar a una oleada de tomas de posición, en parte como respuesta a las iniciativas de la burguesía en el contexto del Año Internacional de la Mujer.

3. Bajo la presión de una parte de sus propias bases, los partidos socialdemócratas, en general, han respondido al auge del movimiento feminista con mayor rapidez que los partidos comunistas. Si bien los PS se han mostrado oficialmente reacios a reconocer la existencia del movimiento independiente de mujeres, algunas de sus afiliadas han participado activamente en las nuevas organizaciones que han surgido.

Las posturas formales adoptadas por los PS han sido con frecuencia más progresistas que las de los partidos estalinistas, especialmente en lo que respecta al aborto como derecho de la mujer. Siempre que los partidos socialistas han tenido la oportunidad de mejorar su imagen a bajo coste al manifestarse a favor de la liberalización de las leyes del aborto, no han dudado en hacerlo. Kreisky en Austria y Brandt en Alemania asumieron inicialmente esta tarea. Ante el creciente movimiento feminista en Australia, el Partido Laborista Australiano intentó obtener apoyo político otorgando subvenciones a numerosos pequeños proyectos iniciados por el movimiento, como centros de salud y refugios para mujeres. Si bien estas medidas tuvieron un bajo coste económico para los socialdemócratas, sirvieron para desviar temporalmente la atención de las mujeres de las deficiencias de sus políticas generales (sobre el aborto y la atención infantil, por ejemplo) y ayudaron al ALP a proyectarse como un gobierno "pro-mujer".

Pero ante los primeros signos de reacción de sectores de la burguesía, los partidos socialdemócratas se apresuraron a retroceder.

Si bien el Partido Laborista británico se pronunció públicamente a favor del derecho al aborto a petición, guardó silencio sobre las propuestas reaccionarias presentadas ante el parlamento, destinadas a revertir el derecho al aborto a su estado anterior a 1967. Presentadas inicialmente en 1975 por un diputado laborista, las nuevas propuestas restringirían el plazo para que las mujeres aborten, limitarían el acceso al aborto para las mujeres inmigrantes e impondrían severas sanciones por cualquier infracción de la ley.

Recién en 1977, después de una campaña masiva del movimiento independiente de mujeres, organizado a través de la Campaña Nacional por el Aborto (NAC), y bajo la presión de sus propias filas, la conferencia del Partido Laborista adoptó una resolución defendiendo la ley de 1967.

Los socialdemócratas han demostrado ser especialmente útiles a la patronal a la hora de imponer medidas de austeridad para reducir el nivel de vida de la clase trabajadora. Si bien protestan enérgicamente por su compromiso de aliviar las cargas de las mujeres trabajadoras, los gobiernos socialdemócratas no han dudado en aplicar los recortes en los servicios sociales que exige la burguesía. En Dinamarca, eliminaron de un plumazo a 5.000 cuidadoras de niños de la nómina estatal.

4. A partir de la década de 1930, después de que la burocracia estalinista consolidara su control de la URSS y transformara a los partidos de la Tercera Internacional en apologistas de las políticas contrarrevolucionarias del Kremlin, la defensa de la familia como marco ideal de las relaciones humanas ha sido la línea de los partidos estalinistas de todo el mundo. Esto no solo satisfacía las necesidades de la casta burocrática en la propia Unión Soviética, sino que coincidía con la necesidad de defender el statu quo capitalista en otros lugares. Las teorías abiertamente reaccionarias del PC francés sobre la familia se expusieron por primera vez con la introducción del nuevo código de familia en la URSS en 1934 y la prohibición del aborto en 1936.

Por muy demagógicas que puedan ser a veces respecto a la doble jornada laboral femenina, las demandas que plantea el PC hoy en día suelen ser propuestas para reorganizar la situación y facilitar a las mujeres el cumplimiento de las tareas domésticas. Desde mejores bajas por maternidad hasta jornadas más cortas y mejores condiciones laborales para las mujeres, la lucha suele justificarse por la necesidad de liberar a las mujeres de las tareas domésticas, en lugar de liberarlas socializando las cargas domésticas que soportan. La otra solución, que a veces proponen, es exigir que los hombres compartan la carga de trabajo de forma más equitativa en el hogar.

Pero el auge del movimiento feminista, los intentos de la burguesía de capitalizarlo, las respuestas de otras corrientes del movimiento obrero y la presión de sus propias filas han obligado a los partidos comunistas a modificar y ajustar su línea. Incluso los seguidores más rígidos y acérrimos del Kremlin, como el Partido Comunista Estadounidense, finalmente se han visto obligados a abandonar algunas de sus posturas más reaccionarias, como la oposición a una enmienda constitucional que promueva la igualdad de derechos.

Cuanto más profunda ha sido la radicalización, más hábilmente han tenido que maniobrar los PC, lanzándose al movimiento y adoptando un lenguaje más radical.

Los PC han permitido que sus miembros participen en el debate público y desarrollen duras condenas de las responsabilidades del capitalismo en la miserable condición

de las mujeres. Pero en lo que respecta al programa y la acción, la oposición de los PC a la liberación femenina duplica su oposición a la lucha de clases por otras necesidades de la clase trabajadora. Están dispuestos a archivar cualquier demanda o descarrilar cualquier lucha con tal de consolidar o preservar cualquier alianza de colaboración de clases que promuevan. Así, a pesar del cambio formal de los PC italianos y su decisión de apoyar la liberalización de las leyes del aborto, en 1976 los diputados parlamentarios del PC formaron un bloque con la Democracia Cristiana para bloquear la reforma de la ley del aborto, ya que era un obstáculo para avanzar hacia el "compromiso histórico".

Además, a menudo hay un conflicto entre las posiciones adoptadas por el PC a nivel local (donde a veces expresan apoyo a las luchas para establecer centros de cuidado infantil o clínicas de aborto y anticoncepción) y las acciones del PC a nivel nacional (donde apoyan medidas de austeridad para recortar dichos programas sociales).

La discrepancia entre las posturas formales de los partidos comunistas y sus traiciones en la lucha de clases ya ha generado fuertes tensiones dentro de dichos partidos y en los sindicatos que dominan. Esto es especialmente cierto porque la ausencia de democracia interna profundiza las frustraciones de muchas mujeres, que comienzan a ver las contradicciones entre su propio compromiso personal con la liberación femenina y la línea de su partido. No tienen forma de influir en las posturas de su organización. Así, cuando el PC español firmó el pacto de colaboración de clase de la Moncloa, las mujeres formaron un grupo de oposición en el PC de Madrid para luchar por la democracia internacional.

En Francia, cuando comenzaron a formarse grupos de oposición en el PC en 1978, las mujeres militantes del partido se organizaron en torno a la revista *Elles Voient Rouge* (Ven Rojo). Buscaban defender sus posiciones y combatir las políticas sectarias del partido, que rechazaban la acción de frente unido con otros grupos políticos sobre la cuestión del aborto o cualquier otro tema.

En el terreno organizativo, los estalinistas también se han visto obligados a adaptarse. En varios países, formaron sus propias organizaciones de mujeres después de la Segunda Guerra Mundial. Ante la nueva radicalización de las mujeres, invariablemente han intentado presentar estas organizaciones ante la clase trabajadora como el único movimiento feminista real. El movimiento independiente amenaza su pretensión de ser el partido que representa a las mujeres de la clase trabajadora, y su reacción inicial ha sido profundizar su postura sectaria.

En España, por ejemplo, el MDM (Movimiento Democrático de la Mujer), controlado por el PC, se declaró el único movimiento de mujeres, y el PC se autoproclamó el

partido de la liberación femenina. Sin embargo, a pesar de la fuerza del PC, el MDM no logró controlar la radicalización de las mujeres, que se expresó a través del florecimiento de grupos de mujeres en todos los niveles del Estado español. Incapaz de establecer el MDM por decreto, el PC se vio obligado a reconocer la existencia de otros grupos y a colaborar con ellos.

5. El compromiso en el movimiento de la mujer ha producido también contradicciones similares en los partidos socialdemócratas. Pero al mismo tiempo, la capacidad tanto de los estalinistas como de los socialdemócratas de adaptarse a algunos de los problemas planteados por las mujeres radicalizadas ha aumentado sus posibilidades de influir al movimiento. Cuando estos partidos deciden apoyar las movilizaciones de masas como han hecho recientemente en numerosos países en relación al aborto, sus posiciones reformistas han logrado un mayor impacto en el movimiento de las mujeres. Sería un error subestimar su peso político.

6. Las organizaciones maoístas y centristas han adoptado generalmente posiciones sectarias y economistas sobre el movimiento de liberación de la mujer, considerando como pequeño-burgués y en contradicción con su concepto del movimiento obrero. Entre estas organizaciones sin embargo, ha habido básicamente, dos tipos de respuesta. Algunas han negado a participar en las organizaciones y actividades independientes el movimiento de liberación de la mujer. Muchas de estas sectas han levantado sus propios grupos de mujeres subordinadas a ellos y que oponen al verdadero movimiento de mujeres, planteado que esta línea es la única estrategia auténticamente revolucionaria.

Otros grupos maoístas y centristas se han orientado hacia la participación en el movimiento de mujeres. Pero les falta un análisis marxista claro del carácter que la opresión de la mujer ocupa en la revolución socialista. Rechazan toda política de frente único y son seguidistas en relación al movimiento de mujeres. Este ha sido un factor importante en las crisis que han hecho estallar a muchos de estos grupos a finales de los años 70.

7. El movimiento sindical también ha sentido el impacto de la radicalización de las mujeres y sus burocracias se han visto obligadas a responder a las presiones de las mujeres dentro y fuera del movimiento obrero organizado.

Como los estalinistas y los socialdemócratas, incluso en el mejor de los casos las direcciones sindicales tratan de limitar la responsabilidad del sindicato en las reivindicaciones de las mujeres a problemas puramente económicos, como salario igual o permisos de maternidad, se resisten a comprometer al movimiento obrero organizado en la lucha por problemas como el aborto. Sin embargo, el carácter de

masas de los sindicatos, el número creciente de mujeres en los sindicatos, muchas de las cuales son cada vez más activas en comisiones de mujeres, dificultan esta actitud de las burocracias sindicales. Esto ha aparecido claramente en octubre de 1979 cuando el TUC (Confederación nacional de sindicatos) de Gran Bretaña, bajo la presión creciente de su propia base, llamó a una manifestación nacional en defensa del derecho al aborto. Participaron más de 50,000 personas – hombres y mujeres.

Problemas como el cuidado de los niños y la socialización del trabajo doméstico, el aborto y el derecho de la mujer a controlar su propio cuerpo mejores condiciones para quienes trabajan a tiempo parcial, y programas de admisión preferente en el trabajo para las mujeres plantean con mucha frecuencia hoy en el movimiento sindical. En algunos casos las mujeres plantean específicamente estas demandas en el contexto general de la necesidad de romper la división tradicional del trabajo entre los hombres y las mujeres.

Al forzar estas cuestiones, las trabajadoras cuestionan los intentos de los reformistas de mantener una división entre lo económico y lo político y, de lo contrario, limitar cualquier lucha que surja. Ayudan a la clase trabajadora a pensar en términos sociales amplios y animan a las bases sindicales a recurrir a sus organizaciones de base para luchar por todas sus necesidades.

A medida que las mujeres intentan ganarse las bases y el liderazgo sindical para apoyar sus reivindicaciones, se ven obligadas a abordar también la cuestión de la democracia sindical. Deben luchar por el derecho a expresarse libremente, a organizar sus propias comisiones o grupos sindicales, a estar representadas en las directivas sindicales y a que el sindicato proporcione las facilidades, como el cuidado de niños durante las reuniones, que les permitan participar plenamente en las organizaciones obreras.

Algunos sindicatos han publicado publicaciones especializadas, reactivado comisiones de mujeres en decadencia, organizado reuniones de sindicalistas o establecido cursos especiales de capacitación para dirigentes sindicales. En varios países, las direcciones sindicales han organizado comités intersindicales de mujeres a nivel nacional, regional o local. En otros lugares, se han creado comités impulsados por las bases. La radicalización de las mujeres y la profundización de la crisis económica también han provocado un aumento en la tasa de sindicalización de las trabajadoras en algunos países capitalistas avanzados.

En general, la creación de comisiones de mujeres dentro de los sindicatos ha contado con el beneplácito de las burocracias sindicales. Estas esperan contener la radicalización de las mujeres en los sindicatos y dirigir sus esfuerzos de forma que no

amenace el cómodo statu quo en ningún nivel, desde el monopolio masculino de los puestos de liderazgo sindical hasta el acuerdo entre la burocracia y la patronal de que se ignoren las necesidades particulares de las trabajadoras.

Pero este desarrollo refleja el enorme impacto que el movimiento de liberación femenina ya ha tenido en el movimiento obrero organizado. Estas comisiones de mujeres dentro de los sindicatos son hoy cada vez más producto del movimiento de mujeres, así como parte del movimiento obrero. Se sitúan en la intersección de ambos y, si se dirigen adecuadamente, pueden ayudar a mostrar el camino a seguir para ambos.

La liberación de la mujer en el mundo colonial y semicolonial

1. La liberación femenina no es un asunto de interés exclusivo para las mujeres de los países capitalistas avanzados, con su nivel educativo y nivel de vida relativamente altos. Por el contrario, es de vital importancia para las masas femeninas de todo el mundo. Los países coloniales y semicoloniales no son la excepción.

Existe una gran diversidad en las condiciones económicas y sociales, así como en las tradiciones culturales, en los países coloniales y semicoloniales. Estas abarcan desde condiciones extremadamente primitivas en algunas zonas hasta una considerable industrialización en países como Puerto Rico y Argentina. Sin embargo, todos los países semicoloniales y coloniales se definen por la dominación imperialista que padecen en común. Esto también tiene efectos específicos en las mujeres de estos países.

La dominación imperialista ha implicado que las relaciones de producción capitalistas se hayan superpuesto y combinado con modos de producción y relaciones sociales arcaicos y precapitalistas, transformándolos e incorporándolos a la economía capitalista. En Europa Occidental, el auge del capitalismo estuvo marcado por revoluciones democrático-burguesas en los países más avanzados, que quebraron el poder económico y político de las antiguas clases dominantes feudales. Sin embargo, en los países coloniales, la penetración imperialista reforzó con mayor frecuencia los privilegios, las jerarquías y las tradiciones reaccionarias de las clases dominantes precapitalistas, que utilizó siempre que fue posible para mantener la estabilidad y maximizar la explotación imperialista.

Mediante la tortura, el exterminio, la violación y otras formas de terror a gran escala, y en África mediante la esclavización absoluta de los pueblos indígenas, el capitalismo europeo en expansión colonizó brutalmente Latinoamérica y partes de Asia y África, impulsándolas al mercado mundial. Con los conquistadores europeos y, finalmente,

estadounidenses, llegó también el cristianismo, que a menudo se convirtió en una ventaja como uno de los eslabones centrales de la cadena de subyugación.

Para las mujeres del mundo semicolonial y colonial, la penetración de la economía de mercado capitalista tiene un impacto contradictorio: por un lado, introduce nuevas relaciones económicas que comienzan a sentar las bases para que las mujeres superen su opresión secular. Por otro lado, se apropia y utiliza las tradiciones arcaicas, los códigos religiosos y los prejuicios antifemeninos, reforzándolos inicialmente mediante nuevas formas de discriminación y sobreexplotación.

En general, la situación de las mujeres está directamente relacionada con el grado de industrialización alcanzado. Sin embargo, el desarrollo desigual y combinado en algunas sociedades puede generar contradicciones alarmantes, como la relativa independencia económica de las mujeres, que dominan una agricultura muy primitiva en algunas zonas de África.

2. En los países coloniales, el desarrollo de la producción capitalista se produce según las necesidades del imperialismo. Por ello, la industrialización, si acaso, se produce de forma lenta, desequilibrada y distorsionada. En la mayoría de los países semicoloniales, la mayor parte de la población aún vive del campo y se dedica a la agricultura de subsistencia, utilizando métodos extremadamente atrasados. La familia —que generalmente incluye a varios tíos, tías, sobrinos y abuelos— es la unidad básica de la pequeña producción agrícola.

Las mujeres desempeñan un papel económico decisivo. No solo trabajan largas jornadas en el campo y en el hogar, sino que también tienen hijos para compartir la carga del trabajo y brindar seguridad económica en la vejez. Se casan en la pubertad y a menudo dan a luz tantos hijos como les es físicamente posible. Su valor generalmente se determina por el número de hijos que tienen. Una mujer estéril se considera una desgracia social y un desastre económico. La infertilidad suele ser motivo de divorcio.

Debido a su función productiva, la familia ejerce una fuerte influencia sobre todos sus miembros, pero especialmente sobre las mujeres. Esto, unido a un nivel primitivo de desarrollo económico, provoca privaciones y degradación extremas para las campesinas de las zonas rurales. En la práctica, apenas tienen derechos legales o sociales como individuos, y a menudo apenas se las considera humanas. Viven bajo la dominación y el control prácticamente totales de los varones de su familia. En muchos casos, los limitados recursos de la unidad familiar se asignan en primer lugar a los varones; no es raro que las niñas reciban menos alimentos y cuidados, lo que provoca retraso en el crecimiento o muerte prematura por desnutrición. El infanticidio

femenino, tanto directo como por negligencia deliberada, aún se practica en muchas zonas. Con frecuencia, las tasas de analfabetismo femenino se acercan al 100 %.

3. Sin embargo, la incorporación de los países coloniales y semicoloniales al mercado capitalista mundial inevitablemente impacta las zonas rurales. La inflación y la incapacidad de competir con unidades más grandes que utilizan métodos más productivos provocan constantes oleadas migratorias del campo a las ciudades. A menudo, esta migración comienza con los hombres de la familia, dejando a las mujeres, niños y ancianos con una carga aún más pesada, quienes intentan ganarse la vida con la pobreza de la tierra por sí solos.

La búsqueda desesperada de trabajo termina llevando a millones de trabajadores a abandonar su país de nacimiento y emigrar a los países industriales avanzados, donde si tienen la suerte de encontrar trabajo, será en condiciones miserables de superexplotación.

El aislamiento y las tradiciones atrasadas de las zonas rurales tienden a ser desafiados y destruidos no sólo por la migración hacia y desde las ciudades sino también por la difusión de los medios de comunicación masivos, como la radio y la televisión.

4. Con la migración a las ciudades, las nuevas condiciones de vida y de trabajo comienzan a desafiar las normas y mitos tradicionales sobre el papel de la mujer.

En las ciudades, la familia pequeñoburguesa como unidad productiva desaparece rápidamente para la mayoría. Cada miembro de la familia se ve obligado a vender su fuerza de trabajo en el mercado como individuo. Sin embargo, debido a la precaria situación laboral y a las responsabilidades financieras que los semiproletarios urbanos suelen tener con sus parientes rurales, la familia inmediata suele incluir a tías, tíos, primos, hermanos y hermanas, además de padre, madre e hijos.

Sin embargo, entre la clase media urbana y los sectores más estables del proletariado, la unidad familiar empieza a volverse más restringida.

Al migrar a las ciudades, las mujeres tienen mayores oportunidades de educación, de mayor contacto social y de independencia económica. Las necesidades del capitalismo, que liberan a un número cada vez mayor de mujeres del aislamiento familiar, entran en conflicto con las antiguas ideas sobre el papel de la mujer en la sociedad. Al aceptar empleos en la industria o el sector servicios, las mujeres comienzan a ocupar puestos que antes les estaban vedados por prejuicios y tradiciones retrógradas. Quienes logran una educación que les permite acceder a profesiones como la docencia y la enfermería también sirven como ejemplos que

contradican las actitudes tradicionales, incluso a ojos de las mujeres que no trabajan. El mito de la inferioridad de la mujer se cuestiona cada vez más ante esta realidad, que desafía su arraigada subordinación.

Incluso para las mujeres que no pueden acceder a una educación ni trabajar fuera del hogar, las condiciones urbanas les brindan la posibilidad de escapar de la prisión mental que les impone el aislamiento de la familia rural. Esto se logra gracias al mayor impacto de los medios de comunicación, la proximidad a la vida política y las luchas, la visibilidad de los electrodomésticos modernos, las lavanderías, etc.

5. En los países coloniales y semicoloniales, las mujeres generalmente representan un porcentaje mucho menor de la fuerza laboral que en los países imperialistas. Tiende a oscilar entre el 8 % y el 15 %, aunque a veces llega al 20 %, a diferencia de los países capitalistas avanzados, donde las mujeres representan aproximadamente entre el 30 % y el 40 %.

Como era de esperar, las mujeres se concentran en los empleos menos cualificados, peor remunerados y menos protegidos por las leyes sobre condiciones de seguridad, salario mínimo, etc. Esto es especialmente cierto en el trabajo agrícola, el trabajo a destajo en el hogar y el trabajo doméstico, donde una alta proporción de mujeres está empleada. El salario medio de las trabajadoras suele ser entre un tercio y la mitad del de los trabajadores masculinos. Cuando las mujeres pueden obtener una educación y adquirir ciertas habilidades, se ven confinadas aún más estrictamente que en los países capitalistas avanzados a ciertas ocupaciones "femeninas", como la enfermería y la docencia.

Pero las mujeres también se concentran en industrias como la textil, la confección, el procesamiento de alimentos y la de componentes eléctricos, y a menudo constituyen la mayoría de la fuerza laboral empleada en ellas. Dado el abrumador predominio de esta industria ligera en los países coloniales más industrializados, esto significa que, aunque representan un bajo porcentaje de la fuerza laboral en general, las mujeres trabajadoras pueden ocupar un lugar estratégico. En Puerto Rico, por ejemplo, las mujeres constituyen la mayoría de la fuerza laboral en las industrias farmacéutica y eléctrica, que son las principales del país.

El empleo de mujeres en estas industrias es crucial para las superganancias de los imperialistas, tanto porque son una fuente de trabajo más barato, como porque el empleo de mujeres con salarios más bajos en trabajos menos pagados permite a los capitalistas dividir y debilitar a la clase obrera y mantener baja la escala general de salarios. El proceso de acumulación imperialista no puede comprenderse claramente

sino se explica el papel que juega la sobreexplotación de los trabajadores en los países semicoloniales.

En todo el mundo colonial, el desempleo y el subempleo tienen proporciones críticas, y la mayor parte de esta carga cae sobre las mujeres. Para ayudar a que su familia sobreviva, las mujeres se ven a menudo obligadas a recurrir a fuentes de ingreso precarias y desesperadas como la venta en la calle de artesanía o de comida hecha en su casa o lavando ropa a domicilio. La prostitución es frecuentemente el único recurso. El desempleo endémico también aumenta el alcoholismo y la adicción a las drogas, lo que tiene como resultado mayor violencia contra las mujeres, así como una pobreza aún más desesperada.

6. En muchos países coloniales y semicoloniales, las mujeres aún no han conquistado algunos de los derechos democráticos más elementales que ganan las mujeres en los países capitalistas avanzados a finales del siglo XIX y principios del XX. Numerosos países aún mantienen leyes que ponen a las mujeres bajo el control legal de los hombres. Entre ellas hay, por ejemplo leyes que exigen el permiso del marido para que una mujer trabaje, leyes que dan al marido el control sobre el salario de su mujer, y leyes que dan al marido la custodia automática de los niños y control sobre la residencia de su esposa. En algunos países aún se venden las mujeres para el matrimonio. Pueden ser asesinadas impunemente por violar el "honor" de sus maridos.

En los países donde se han hecho reformas del código legal, dando más derechos a las mujeres, a menudo estas reformas se mantienen en un plano puramente formal. Las mujeres no pueden ejercer estos derechos en la práctica debido al peso aplastante de la pobreza, el analfabetismo, la desnutrición, la dependencia económica y las tradiciones arcaicas que limitan sus vidas. Así, el imperialismo agonizante representa un obstáculo para los derechos democráticos más elementales de las mujeres en el mundo colonial.

7. El poder y la influencia de la religión organizada son especialmente fuertes en los países coloniales y semicoloniales, debido al atraso económico imperante y al fortalecimiento y protección de las jerarquías religiosas por parte del imperialismo. En muchos países no existe separación entre las instituciones religiosas y el Estado. Incluso donde existe separación oficial, los dogmas y las costumbres religiosas conservan un gran peso. Por ejemplo, muchas de las leyes más bárbaras contra las mujeres se basan en códigos religiosos. En la India, la miseria de millones de mujeres se ve acentuada por el sistema de castas, que, aunque ya no está sancionado por la ley, se basa en la religión hindú. En los países musulmanes, la tradición del velo, aún muy extendida, está diseñada para desterrar totalmente a las mujeres de la vida

pública y negarles cualquier individualidad. En los países católicos, el derecho al divorcio suele estar restringido o denegado.

8. La violencia contra la mujer, inherente a su degradación económica, social y sexual a lo largo de todas las etapas del desarrollo de la sociedad de clases, se ve acentuada por las contradicciones generadas bajo la dominación imperialista. El mayor acceso de las mujeres a la educación y al empleo, junto con su mayor participación en la sociedad en general, les brinda la oportunidad de llevar una vida menos protegida y más pública, en contravención de las antiguas tradiciones y valores. Sin embargo, los intentos de las mujeres por aprovechar estas oportunidades y romper con los viejos roles a menudo provocan reacciones por parte de sus familiares varones u otras personas, que pueden manifestarse en ostracismo, palizas, mutilaciones o incluso asesinato. Esta violencia salvaje contra la mujer suele estar sancionada por la ley. Incluso cuando es ilegal, suele estar tan ampliamente aceptada en la práctica que queda impune.

9. Las oportunidades educativas para las mujeres en los países coloniales y semicoloniales siguen siendo extremadamente limitadas en comparación con los países capitalistas avanzados. Esto se refleja en la alta tasa de analfabetismo femenino. Desde la educación primaria hasta la universidad, la matriculación femenina es menor que la masculina, y la brecha generalmente aumenta a medida que aumenta el nivel educativo.

El sistema educativo en los países coloniales y semicoloniales está organizado —a menudo de forma más descarada que en los países imperialistas— para reforzar la exclusión de las mujeres de la vida social y reforzar la imposición del rol de madre-ama de casa-esposa a todas las niñas. La coeducación es notablemente menos frecuente, y las escuelas para niñas reciben invariablemente presupuestos más reducidos, menos profesorado y peores instalaciones. Donde existe la coeducación, las niñas aún deben cursar asignaturas separadas, como cocina, costura y tareas domésticas.

Sin embargo, en el marco de estas desventajas, la presión del mercado mundial ha generado algunos cambios en las oportunidades educativas para las mujeres. La necesidad de un sector de técnicos más capacitados ha abierto las puertas a la educación superior, al menos para un pequeño sector de mujeres.

10. Las mujeres en el mundo colonial tienen incluso menos control sobre sus funciones reproductivas que las mujeres en los países imperialistas. Las escasas oportunidades educativas para las mujeres, sumada a la fuerte influencia de la religión en el contenido educativo, implican que tienen poco o ningún acceso a la

información científica sobre la reproducción o el sexo. Económica y socialmente, se encuentran bajo presión personal para tener más hijos, no menos. Cuando tienen acceso a información y dispositivos anticonceptivos, casi siempre se enmarcan en programas racistas de control demográfico impuestos por el imperialismo. En algunos países, el gobierno ha llevado a cabo la esterilización forzada de grandes cantidades de mujeres. En Puerto Rico, las políticas de esterilización forzada promovidas por el gobierno estadounidense han victimizado a más de un tercio de las mujeres en edad fértil. Los programas de esterilización forzada también se imponen a grupos oprimidos dentro de estos países, como la población indígena de Bolivia.

Incluso en países donde la esterilización forzada no es una política oficial, la propaganda racista de control de la población permea la sociedad y constituye un obstáculo a la lucha de las mujeres por obtener el control de sus propios cuerpos.

Las mujeres en países semicoloniales y coloniales han sido ampliamente utilizadas como conejillos de indias involuntarios para probar dispositivos anticonceptivos y medicamentos. Y el acceso al aborto también está ligado a la coerción, no a la libertad de elección. Cada año, millones de mujeres en todo el mundo colonial se ven obligadas a buscar abortos ilegales en las condiciones más insalubres y degradantes posibles, lo que provoca un número indeterminado de muertes.

De todas estas maneras, se les niega a las mujeres el derecho a elegir si tener hijos o no.

En condiciones de crisis económica, los programas de control demográfico se generalizarán y habrá más casos como el de Puerto Rico. Se culpará a la llamada "explosión demográfica" de las dificultades económicas de los países coloniales y semicoloniales para desviar la atención de la responsabilidad del imperialismo en la causa y el mantenimiento de esta miseria.

El racismo y el sexismo también se imponen en el mundo colonial mediante la propagación de estándares culturales ajenos. Si los estándares de "belleza" que imponen los comerciantes de cosméticos a las mujeres de Europa y Norteamérica son opresivos para ellas, lo son aún más cuando estos mismos estándares se imponen a las mujeres de los países coloniales y semicoloniales mediante la publicidad, el cine y otras formas de propaganda masiva.

11. La fuerte influencia de la religión refuerza el extremo atraso en cuanto a la sexualidad, lo que resulta en una privación y degradación especial de las mujeres. La prohibición general de que las mujeres sean asexuales, pero al mismo tiempo una esclava sexual satisfactoria para sus esposos, se impone con mayor brutalidad a las

mujeres en los países coloniales y semicoloniales que en los países imperialistas, mediante tradiciones, leyes y el uso de la violencia, incluyendo la mutilación sexual de niñas. Se supone que las mujeres deben preservar su virginidad para sus esposos. En muchos casos, si las mujeres no satisfacen sexualmente a sus esposos, o si se les acusa de no ser vírgenes al momento del matrimonio, esto es motivo de divorcio. El doble rasero de conducta sexual para hombres y mujeres se aplica con mayor rigor que en los países imperialistas. La práctica de la poligamia es solo un ejemplo extremo.

Otro reflejo del atraso en materia de sexualidad es la dura opresión de los homosexuales, tanto hombres como mujeres.

12. El hecho de que el desarrollo capitalista en el mundo colonial incorporara relaciones económicas y sociales precapitalistas, muchas de las cuales sobreviven de forma distorsionada, implica que, para lograr su liberación, las mujeres, así como todos los oprimidos y explotados, se enfrentan a tareas combinadas. La lucha contra la dominación imperialista y la explotación capitalista a menudo comienza con los problemas pendientes de la independencia nacional, la reforma agraria y otras tareas democráticas.

Las reivindicaciones democráticas elementales, como las que otorgan a las mujeres derechos como individuos independientes del control de sus maridos, tendrán gran peso en la lucha por la liberación femenina en los países coloniales y semicoloniales. Al mismo tiempo, se plantearán y combinarán de inmediato con problemas sociales y económicos cuya solución requiere la reorganización de toda la sociedad según criterios socialistas. Entre estos problemas se encuentran el aumento de los precios, el desempleo, la insuficiencia de servicios sanitarios y educativos, y la vivienda. También incluyen todas las reivindicaciones generales planteadas por el movimiento feminista en los países capitalistas avanzados, como guarderías infantiles, derechos e instalaciones médicas que garanticen a las mujeres la capacidad de controlar su vida reproductiva, el acceso al empleo y a la educación. Pero ninguna de estas reivindicaciones, incluidas las democráticas más elementales, puede lograrse sin la movilización y organización de la clase trabajadora, que constituye la única fuerza social capaz de conducir estas luchas hasta la victoria.

13. Debido a la relativa debilidad del capitalismo y de las clases capitalistas dominantes en los países coloniales y semicoloniales, las libertades civiles, donde existen, son en general tenues y a menudo efímeras. La represión política es generalizada. Cuando las mujeres comienzan a luchar —al igual que cuando otros sectores de la población comienzan a rebelarse—, a menudo se enfrentan

rápida a la represión y a la necesidad de luchar por libertades políticas como el derecho a reunirse, a tener su propia organización, a tener un periódico u otras publicaciones, y a manifestarse. La lucha por la liberación de las mujeres es inseparable de la lucha más general por las libertades políticas.

La creciente participación de las mujeres en las luchas sociales y políticas ha significado que representen una proporción cada vez mayor de las presas políticas en los países coloniales y semicoloniales. En las cárceles, las mujeres se enfrentan a formas de tortura particularmente humillantes y brutales. La lucha por la libertad de todas las presas políticas, exponiendo en particular la difícil situación de las mujeres, ha sido y será un componente importante de la lucha por la liberación de la mujer en estos países.

Esta lucha tiene una dimensión internacional especialmente clara. Hay presos políticos no solo en el mundo colonial, sino también en los países imperialistas. Las demandas por su libertad seguirán siendo un motor de solidaridad internacional dentro del movimiento de mujeres.

14. La lucha por la liberación femenina siempre ha estado entrelazada con la lucha por la liberación nacional. Hagan lo que hagan, las mujeres se enfrentan al poder del control imperialista, y la necesidad de liberarse de las cadenas de esta dominación es una tarea urgente e ineludible para todos los oprimidos en estos países, como lo han demostrado una vez más los ejemplos de Irán y Nicaragua. Un gran número de mujeres se activa políticamente por primera vez al participar en movimientos de liberación nacional. En el proceso de desarrollo de la lucha, se hace evidente que las mujeres pueden y deben desempeñar un papel aún más importante para alcanzar la victoria. Las mujeres se transforman al hacer cosas que les estaban prohibidas por las viejas tradiciones y costumbres. Se convierten en luchadoras, líderes, organizadoras y pensadoras políticas. Las profundas contradicciones que viven estimularán la rebelión contra su opresión como sexo, así como las demandas de mayor igualdad dentro del movimiento revolucionario. En Vietnam, Argelia, Cuba, Palestina, Sudáfrica, el Sahara y otros lugares, las luchas de las mujeres para poner fin a las formas más brutales de opresión que sufren han estado estrechamente entrelazadas con las luchas antiimperialistas en desarrollo.

En Nicaragua, las mujeres organizadas a través de AMPRONAC (Asociación de Mujeres Frente al Problema Nacional) desempeñaron un papel crucial en la preparación de la insurrección final contra la dictadura de Somoza. El 30% de las fuerzas del FSLN estaban compuestas por mujeres, organizadas en brigadas femeninas e integradas en otras unidades de combate y apoyo.

En Irán, la participación de las mujeres en la lucha para derrocar al Sha incorporó a millones de personas a la vida social y política por primera vez, despertando en ellas el deseo de cambiar su propia situación. A pesar del peso de las ideas religiosas reaccionarias y las medidas antimujer, la profundización de la conciencia y la lucha antiimperialistas de masas en Irán solo puede mejorar las condiciones en las que las mujeres lucharán por una mayor igualdad y libertad.

La participación de las mujeres en la lucha de liberación nacional también comienza a transformar la conciencia de los hombres sobre las capacidades y el rol de las mujeres. En el proceso de lucha contra su propia explotación y opresión, los hombres pueden volverse más conscientes de la opresión de las mujeres, más conscientes de la necesidad de combatirla y más conscientes de la importancia de las mujeres como fuerza aliada en la lucha.

15. También existen minorías nacionales oprimidas en los países coloniales y semicoloniales. En Irán, por ejemplo, las nacionalidades oprimidas constituyen el 60 % de la población. En América Latina, la población indígena es una minoría oprimida. Las mujeres de estas minorías se enfrentan a una doble dimensión de opresión nacional. Una vez que comienzan a movilizarse, su lucha puede desarrollarse de forma explosiva.

Las demandas de las mujeres y de las nacionalidades oprimidas a menudo se entrelazarán y se reforzarán mutuamente. Por ejemplo, la demanda de todas las mujeres por el derecho a la educación se combinará con la demanda de los hombres y mujeres de las nacionalidades oprimidas por el derecho a la educación en sus propios idiomas.

16. Desde el auge de la revolución colonial a principios de este siglo, las mujeres han participado en levantamientos antiimperialistas, pero no ha existido una tradición de organización femenina en torno a sus demandas específicas como un componente diferenciado de sus luchas. Sin embargo, el desarrollo del sistema capitalista mundial desde la Segunda Guerra Mundial ha agudizado las contradicciones económicas, sociales y políticas en los países coloniales y semicoloniales, lo que impulsará cada vez más a las mujeres a luchar por sus propias reivindicaciones.

a. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, se produjo un auge de la industrialización en los países coloniales y semicoloniales, si bien su alcance varió considerablemente entre países y se deformó para ajustarse a las necesidades de las potencias imperialistas. Esto implicó un mayor acceso de las mujeres a la educación y al empleo.

b. Los avances tecnológicos en las tareas domésticas y el control de la reproducción —aunque mucho menos accesibles que en los países avanzados— comenzaron a ser conocidos y mostraron la posibilidad de liberar a las mujeres de las tareas domésticas y permitirles controlar su función reproductiva.

c. La crisis económica del capitalismo mundial, señalada por la depresión internacional de 1974-75, ha tenido un efecto amplificado en el mundo colonial, ya que los imperialistas intentaron endosar el peso de esta crisis a las masas de estos países. Un peso desproporcionado de la crisis económica recae sobre las mujeres, en forma de aumento de precios, recortes en los servicios básicos de salud y educación existentes, y aumento de la miseria en el campo. Por lo tanto, la brecha entre lo que es posible para las mujeres y lo que existe se está ampliando.

d. El impacto de esta contradicción en la conciencia de las mujeres se ve reforzado hoy por el impacto del movimiento internacional de liberación de la mujer, que ha inspirado a mujeres de todo el mundo y popularizado y legitimado sus demandas.

Estos factores apuntan a la conclusión de que las luchas de las mujeres se convertirán en un componente más importante de las próximas luchas revolucionarias en los países coloniales y semicoloniales.

Esta lucha de las mujeres puede adquirir dimensiones explosivas debido a la brecha entre las normas y valores arcaicos y las posibilidades de liberación que abren los avances tecnológicos del capitalismo. Al mismo tiempo, las normas y valores religiosos y tradicionales defendidos por los imperialistas y sus sirvientes están en constante contradicción con la vida de un número creciente de mujeres. Esto significa que, una vez que las mujeres comienzan a desafiar su opresión, incluso a un nivel elemental, esta puede combinarse con otras agitaciones sociales y conducir rápidamente a la movilización masiva de mujeres en luchas que adoptan una dirección radical y anticapitalista.

17. Las actitudes y políticas respecto a las demandas y necesidades de las mujeres en los países coloniales y semicoloniales constituyen una prueba de fuego del calibre, la perspectiva y el programa revolucionarios de cualquier organización que aspire a liderar la lucha contra el imperialismo. El papel y la importancia que atribuimos a la lucha por la liberación de la mujer en estos países, y el programa que proponemos para lograrla, nos distinguen de las fuerzas no proletarias que aspiran al liderazgo de la lucha de liberación nacional.

Este ha sido durante mucho tiempo un rasgo distintivo del programa del marxismo revolucionario, como se reflejó en las resoluciones del Tercer y Cuarto Congresos de

la Internacional Comunista. Estas resoluciones destacaron especialmente la labor ejemplar de los comunistas chinos en la organización y dirección de las movilizaciones de mujeres que precedieron a la segunda revolución china de 1925-1927.

Si el partido marxista revolucionario no ve la importancia de organizar y movilizar a las mujeres y ganar la dirección de la lucha por la liberación de la mujer, el campo quedará abierto para que las fuerzas burguesas y pequeñoburguesas logren ganar la dirección de los movimientos de mujeres y desviarlos hacia canales reformistas, o incluso hacia movimientos antiobreros.

18. Solo el camino de la revolución socialista puede abrir camino a una transformación cualitativa en la vida de las masas de mujeres de los países semicoloniales. Los ejemplos de Cuba, Vietnam y China son un poderoso ejemplo para las mujeres de Asia, África y Latinoamérica. Estas revoluciones socialistas ofrecen una prueba contundente de los rápidos avances posibles una vez que la clase obrera, en alianza con el campesinado, rompe las cadenas de la dominación imperialista. Cuando las leyes de la acumulación capitalista son sustituidas por las de una economía planificada basada en la nacionalización de los sectores decisivos de la producción, es posible, incluso en los países empobrecidos del mundo semicolonial, destinar recursos masivos al desarrollo de la educación, la atención infantil, los servicios médicos y la vivienda.

Una vez eliminado el capitalismo, el desempleo y el subempleo se convierten en lacras del pasado. Por el contrario, la escasez de mano de obra expulsa a las mujeres del hogar y las lleva a trabajar de forma productiva en masa. Las costumbres y tradiciones sociales arraigadas en los modos de producción precapitalistas y capitalistas desaparecen progresivamente a medida que esta transformación se desarrolla y la clase trabajadora crece y se vuelve más poderosa.

19. Debido a la extrema opresión que enfrentan y a la falta de perspectivas de mejora en sus vidas bajo el capitalismo, las mujeres de los países coloniales y semicoloniales se verán impulsadas a la vanguardia de la lucha por el cambio social. Mediante clases internas y actividades educativas similares, las secciones de la Cuarta Internacional deben preparar sistemáticamente a sus miembros para que comprendan la importancia de la lucha por la liberación femenina, incluso si aún no se vislumbran luchas de masas en el horizonte político. Debemos adoptar una actitud consciente para ganar a las mujeres al socialismo y capacitar e integrar a las más decididas como líderes de nuestro movimiento.

Las mujeres en los estados obreros: la liberación traicionada

1. La revolución de octubre de 1917 en Rusia y cada victoria socialista posterior aportaron avances significativos para las mujeres, incluyendo derechos democráticos e integración en la fuerza laboral productiva. Las medidas implementadas por los bolcheviques bajo el liderazgo de Lenin y Trotsky demostraron claramente que la revolución proletaria significó avances inmediatos para las mujeres.

Entre 1917 y 1927, el gobierno soviético aprobó una serie de leyes que otorgaron por primera vez a las mujeres la igualdad legal con los hombres. El matrimonio se convirtió en un simple proceso de registro que debía basarse en el consentimiento mutuo. Se abolió el concepto de ilegitimidad. El aborto legal y gratuito se convirtió en un derecho de todas las mujeres. Para 1927, los matrimonios ya no tenían que registrarse y el divorcio se concedía a petición de cualquiera de los cónyuges. Se eliminaron las leyes antihomosexuales.

Se estableció la educación gratuita y obligatoria hasta los 16 años para todos los niños de ambos sexos. La legislación otorgó a las trabajadoras beneficios especiales de maternidad.

El programa de 1919 del Partido Comunista establecía: «La tarea del partido en la actualidad es principalmente trabajar en el ámbito de las ideas y la educación para destruir por completo cualquier vestigio de la antigua desigualdad o prejuicios, en particular entre los estratos atrasados del proletariado y el campesinado. Sin limitarse a la igualdad formal de las mujeres, el partido se esfuerza por liberarlas de las cargas materiales del trabajo doméstico obsoleto, sustituyéndolo por casas comunales, comedores públicos, lavanderías centrales, guarderías, etc.». Este programa se implementó en la medida de lo posible, dado el atraso económico y la pobreza de la nueva República Soviética, y la devastación causada por casi una década de guerra y guerra civil.

Se intentó conscientemente combatir las normas y actitudes sociales reaccionarias hacia las mujeres, que reflejaban la realidad de un país cuya población aún era mayoritariamente campesina, donde las mujeres representaban un porcentaje relativamente pequeño de la fuerza laboral y donde el peso muerto de las tradiciones y costumbres feudales pesaba sobre todas las relaciones sociales. Como era de esperar en tales circunstancias, las actitudes retrógradas hacia las mujeres se reflejaban también dentro del Partido Bolchevique, sin exceptuar a su dirigencia. El partido no era en absoluto homogéneo en su comprensión de la importancia de

implementar las medidas concretas y profundas necesarias para cumplir su programa de 1919.

2. La aniquilación y el agotamiento de la vanguardia obrera, y el aplastamiento de los levantamientos revolucionarios de posguerra en Europa Occidental, sentaron las bases para el triunfo de la casta burocrática contrarrevolucionaria, encabezada por Stalin, en la década de 1920. Si bien no se destruyeron los cimientos económicos del nuevo estado obrero, una capa social privilegiada que se apropió de muchos de los beneficios del nuevo orden económico creció rápidamente en el fértil terreno de la pobreza rusa. Para proteger y extender sus nuevos privilegios, la burocracia reactivó las políticas de Lenin y Trotsky en prácticamente todos los ámbitos, desde el gobierno basado en la democracia soviética hasta el control obrero de la planificación económica, el derecho de las nacionalidades oprimidas a la autodeterminación y una política exterior proletaria e internacionalista.

A finales de la década de 1930, la contrarrevolución había aniquilado físicamente a toda la dirección bolchevique sobreviviente y establecido una dictadura que hasta el día de hoy mantiene a cientos de miles de personas en campos de prisioneros, hospitales psiquiátricos y en el exilio, y aplasta despiadadamente cualquier murmullo de oposición.

Para las mujeres, la contrarrevolución estalinista condujo a una política de revitalización y fortalecimiento del sistema familiar.

Trotsky describió este proceso de la siguiente manera: «La auténtica emancipación de la mujer es inconcebible sin un auge general de la economía y la cultura, sin la destrucción de la unidad familiar económica pequeñoburguesa, sin la introducción de la preparación socializada de alimentos y la educación. Mientras tanto, guiada por su instinto conservador, la burocracia se ha alarmado ante la 'desintegración' de la familia. Comenzó a cantar panegíricos a la cena y la colada familiar, es decir, a la esclavitud doméstica de las mujeres. Para colmo, la burocracia ha restablecido las sanciones penales por aborto, devolviendo oficialmente a las mujeres a la condición de animales de carga. En completa contradicción con el ABC del comunismo, la casta gobernante ha restaurado así el núcleo más reaccionario y deshonesto del régimen de clase, es decir, la familia pequeñoburguesa» (Escritos de León Trotsky, 1937-38, 2.^a ed., 1976, pág. 129).

3. El factor más importante que facilitó este retroceso fue el atraso cultural y material de la sociedad rusa, que carecía de los recursos necesarios para construir guarderías adecuadas, viviendas suficientes, lavanderías públicas e instalaciones de limpieza y comedor para eliminar la base material de la opresión de las mujeres. Este atraso

también contribuyó a perpetuar la división social general del trabajo entre hombres y mujeres heredada del período zarista.

Pero más allá de estas limitaciones objetivas, la burocracia estalinista reaccionaria abandonó conscientemente la perspectiva de avanzar de manera sistemática hacia la socialización de las cargas que soportaban las mujeres y comenzó en cambio a glorificar el sistema familiar, intentando unir a las familias mediante restricciones legales y compulsión económica.

Como señaló Trotsky en *La revolución traicionada*, "la retirada no sólo asume formas de hipocresía repugnante, sino que también va infinitamente más allá de lo que exige la férrea necesidad económica".

La burocracia reforzó el sistema familiar por una de las mismas razones por las que lo mantiene la sociedad capitalista: como medio para inculcar actitudes de sumisión a la autoridad y perpetuar los privilegios de una minoría. Trotsky explicó que «el motivo más apremiante del actual culto a la familia es, sin duda, la necesidad de la burocracia de una jerarquía estable de relaciones y de disciplinar a la juventud mediante cuarenta millones de puntos de apoyo para la autoridad y el poder».

Como parte de esta contrarrevolución, se desempolvaron y reintrodujeron las antiguas leyes zaristas contra la homosexualidad.

El fortalecimiento de la familia permitió a la burocracia perpetuar una importante división dentro de la clase trabajadora: la división entre el hombre, como "cabeza de familia y sustentador de la familia", y la mujer, como responsable de las tareas del hogar y las compras, además de cualquier otra actividad que pudiera realizar. En un plano más general, significó mantener la división entre la vida privada y la vida pública, con el consiguiente aislamiento que afecta tanto a hombres como a mujeres. El fortalecimiento de la familia nuclear también reforzó a la burocracia al fomentar la actitud de "cada familia por sí misma" y, en el marco de una política de planificación integral poco relacionada con la satisfacción de las necesidades de los trabajadores, permitió a la burocracia minimizar los costos de los servicios sociales.

Las condiciones creadas por la revolución proletaria y la contrarrevolución estalinista en la Unión Soviética no se han reproducido mecánicamente en todos los estados obreros deformados de Europa Oriental y Asia. Existen diferencias importantes que reflejan variaciones históricas, culturales, económicas y sociales entre países, e incluso entre regiones. Sin embargo, a pesar de las diferencias en el grado de participación de las mujeres en el proceso de producción o en la extensión de las guarderías y servicios sociales similares, el mantenimiento de la desigualdad

económica y social de las mujeres y las políticas destinadas a reforzar y justificar el trabajo doméstico de las mujeres siguen siendo la política oficial en todos los estados obreros deformados.

4. Según el censo oficial de la Unión Soviética de 1970, el 90 % de las mujeres urbanas de entre 16 y 54 años trabajan fuera del hogar. Sin embargo, la mujer soviética promedio dedica de cuatro a siete horas diarias a las tareas domésticas, además de ocho horas a un trabajo fuera del hogar.

La perpetuación de la responsabilidad de las mujeres en las tareas domésticas asociadas con la crianza de los hijos, la cocina, la limpieza, el lavado de ropa y el cuidado de las necesidades personales de los demás miembros de la familia constituye la base económica y social de las desventajas y los prejuicios que enfrentan las mujeres y la consiguiente discriminación laboral y salarial. Esto afecta profundamente la percepción que las mujeres tienen de sí mismas, su rol en la sociedad y las metas que buscan alcanzar.

Una encuesta realizada en Checoslovaquia a finales de la década de 1960 reveló que casi el 80 % de las mujeres entrevistadas aceptaban la idea de quedarse en casa hasta que sus hijos cumplieran 3 años, siempre que su marido estuviera de acuerdo y sus ingresos fueran suficientes para cubrir las necesidades de la familia. Esto no sorprende si tenemos en cuenta que, en el mismo período, de las 500 mujeres entrevistadas que ocupaban puestos de supervisión en sus empleos, la mitad afirmó tener que realizar todas las tareas domésticas en sus hogares (cuatro o cinco horas diarias).

Si bien el 50 % de los asalariados en la Unión Soviética son mujeres, estas se concentran desproporcionadamente en empleos menos cualificados, peor remunerados y de menor responsabilidad, y en sectores tradicionalmente femeninos de la producción y los servicios. Por ejemplo, el 43,6 % de las mujeres aún trabaja en la agricultura, mientras que otra cuarta parte trabaja en la industria textil. El 80 % del profesorado de primaria y secundaria, y el 100 % del profesorado de preescolar, son mujeres. En 1970, solo el 6,6 % de las empresas industriales estaban dirigidas por mujeres. Según las estadísticas de 1966, el salario medio de las mujeres en la Unión Soviética era el 69,3 % del de los hombres, ¡frente al 64,4 % de 1924!

En 1970, en los países de Europa del Este en su conjunto, la diferencia salarial oscilaba entre el 27 % y el 30 %, a pesar de las leyes de igualdad salarial vigentes desde hacía décadas. Esto refleja que las mujeres no desempeñan los mismos trabajos que los hombres. No solo siguen siendo desplazadas hacia las ocupaciones femeninas peor remuneradas, ni solo suelen estar sobrecualificadas para los puestos

que desempeñan, sino que muy pocas de las que completan programas de aprendizaje para empleos mejor remunerados y de mayor cualificación (en particular, en la industria pesada) continúan trabajando en estos sectores. Las responsabilidades domésticas dificultan mantenerse al día con los nuevos avances en la especialidad. Asimismo, las leyes protectoras que establecen condiciones especiales para que las mujeres puedan trabajar suelen tener efectos discriminatorios que les impiden ocupar los mismos puestos que los hombres.

En la Unión Soviética, en 1976, más del 40 % de los científicos eran mujeres, pero solo 3 de los 243 miembros titulares de la Academia Soviética de Ciencias lo eran. En el ámbito político nacional, solo 8 de los 287 miembros titulares del Comité Central del Partido Comunista eran mujeres. No hay mujeres en el Politburó.

En la Unión Soviética y Europa del Este, al igual que en los países capitalistas avanzados, hoy existe suficiente riqueza material y tecnología para aliviar significativamente la doble carga de las mujeres. Sin embargo, las distorsiones introducidas en la planificación económica y el proceso productivo debido a la ausencia de control democrático sobre la producción por parte de los trabajadores y al dominio de la casta burocrática privilegiada son fuente de resentimiento. Las mujeres sienten el peso muerto de la burocracia en este sentido incluso más que los hombres, ya que se ven obligadas a compensar las distorsiones de la economía con la doble jornada laboral que realizan.

En la última década, estos resentimientos potencialmente explosivos han obligado a las diversas castas burocráticas a planificar una mayor producción de bienes de consumo y un aumento de los servicios sociales. Sin embargo, la oferta de bienes de consumo sigue estando por debajo de las necesidades y las crecientes expectativas. Los servicios sociales también siguen siendo muy insuficientes. Por ejemplo, si bien las guarderías están más extendidas que en los países capitalistas avanzados, según cifras oficiales de principios de 1978, en la Unión Soviética solo podían acoger a 13 millones de los más de 35 millones de niños en edad preescolar.

En Checoslovaquia y Polonia, a principios de la década de 1970, solo el 10 % de los niños menores de 3 años podían ser alojados en guarderías; de los niños de entre 3 y 6 años, solo había plazas para el 37 % y el 45 %, respectivamente. Esto ocurre a pesar de que las mujeres representan entre el 40 % y el 45 % de la fuerza laboral en ambos países. A pesar de todas las dificultades que estas condiciones generan para las trabajadoras, algunos funcionarios estalinistas de estos países están retomando la teoría de la "división natural del trabajo" entre hombres y mujeres. En Checoslovaquia y Hungría, la "solución" propuesta para paliar la falta de servicios sociales y, al mismo

tiempo, intentar revertir la caída de la natalidad es, en esencia, un "salario por tareas domésticas" asignado a las madres de uno o dos hijos hasta que cumplen los 3 años. En Checoslovaquia, este sistema se acompaña de un aumento de las asignaciones familiares por el tercer y cuarto hijo, así como de un aumento sustancial de la prima de natalidad por cada hijo (que equivale prácticamente a un mes de salario). Obviamente, estas medidas solo pueden tener el efecto de presionar a las mujeres a quedarse en casa, dada la doble jornada laboral que conlleva tener un empleo externo.

El número de lavanderías públicas es insignificante: en Checoslovaquia, Polonia y la URSS las lavanderías existentes satisfacen sólo entre el 5 y el 10 por ciento de las necesidades.

De la misma manera, el número de trabajadores y trabajadoras que comen en cafeterías públicas ha disminuido drásticamente desde los años 50. Debido a los altos precios y la mala calidad, solo el 20 por ciento de la población de Checoslovaquia come su comida principal fuera de casa, a diferencia del 50 por ciento en años anteriores.

Todas estas condiciones conducen a la reclusión de las mujeres en el hogar, una tendencia fomentada por la propaganda de la burocracia a favor del trabajo a tiempo parcial para las mujeres. Esto se expresa en Alemania Oriental, por ejemplo, en el día libre adicional que se les otorga cada mes para que puedan realizar las tareas domésticas. Por supuesto, solo las mujeres disfrutaban de este "privilegio especial".

En octubre de 1977, la misma tendencia reaccionaria se incorporó, de hecho, a la Constitución Soviética revisada mediante una enmienda al Artículo 35, que supuestamente garantiza la igualdad de derechos de las mujeres. La Constitución enmendada prevé "la reducción gradual de la jornada laboral para las mujeres con hijos pequeños". Los líderes soviéticos explicaron que esta nueva disposición constitucional reflejaba la línea del partido y del Estado soviético de mejorar la posición de las mujeres como trabajadoras, madres, criadoras y amas de casa.

Este reforzamiento de la división social del trabajo entre hombres y mujeres se expresa también en las políticas gubernamentales de estos países, destinadas a aumentar la tasa de natalidad para paliar la escasez de mano de obra. (Alemania Oriental es la única excepción actual). Al mismo tiempo que el aborto se ha vuelto más accesible para las mujeres en los países capitalistas, el intento de fomentar el crecimiento demográfico ha conducido a medidas restrictivas en materia de aborto en toda Europa del Este.

De hecho, las burocracias estalinistas han repudiado la visión de Lenin y otros líderes de la Revolución Rusa de que el acceso irrestricto al aborto es un derecho democrático fundamental de la mujer. Si bien el aborto legal es generalmente accesible en la Unión Soviética y Europa del Este, las castas gobernantes han restringido repetidamente este derecho, imponiendo con frecuencia condiciones humillantes y sanciones económicas a las mujeres que buscan abortar (como la negación de licencia por enfermedad remunerada para abortar o la negativa a cubrir los abortos como un procedimiento médico gratuito).

Con la excepción de Polonia, la educación sexual y la información generalizada sobre métodos anticonceptivos fueron rechazadas explícitamente en la mayoría de los países de Europa del Este hasta hace muy poco. Los centros de planificación familiar eran inexistentes y el acceso a métodos anticonceptivos como la píldora o la esterilización estaba estrictamente limitado (en Checoslovaquia, a principios de la década de 1970, solo el 5 % de las mujeres utilizaba estos métodos). Sin embargo, ninguna de estas medidas ha logrado revertir el continuo estancamiento de la natalidad ni reducir el número de abortos. Ante este "problema", la burocracia despliega una gran imaginación para idear métodos que incentiven a las mujeres a tener más hijos. Consideran todo menos medidas para socializar las tareas domésticas. En Polonia, se está considerando un "salario por las tareas domésticas", un impuesto sobre la renta de las amas de casa que se nieguen a tener hijos, aumentar la edad de jubilación de las mujeres de 60 a 65 años para liberar fondos para un fondo de maternidad, o posiblemente reducir la edad de jubilación de las mujeres a los 55 años para que puedan ayudar en el cuidado de los niños pequeños.

En China, por otro lado, la burocracia estalinista ha introducido sanciones económicas especiales para las parejas con más de dos hijos, con el fin de intentar limitar el crecimiento demográfico. Pero el principio es el mismo: el derecho a elegir está subordinado a las decisiones económicas de la burocracia.

En todos los países de Europa del Este y en China, la burocracia promueve políticas destinadas a reforzar la represión sexual. La extrema escasez de viviendas, el tipo de educación que reciben los niños desde la más tierna infancia, la frecuente negativa a alquilar habitaciones de hotel a parejas no casadas y la presión para posponer el matrimonio reflejan las costumbres sociales dominantes y la oposición de la burocracia a cualquier forma de liberación sexual. Dado su lugar en la familia, las mujeres son, por supuesto, las primeras en sentir el peso de estas normas y políticas represivas.

5. Las mujeres en los estados obreros deformados y degenerados no lograrán su plena liberación sin una revolución política que derroque a la casta burocrática y restaure la democracia obrera. Si bien aún hay pocas señales de una creciente conciencia sobre la opresión de las mujeres, no existe una barrera infranqueable entre los países capitalistas avanzados y los estados obreros. Las mujeres en los estados obreros se verán inevitablemente afectadas por la radicalización de las mujeres en otros lugares y las demandas que plantean.

La lucha de las mujeres por su liberación será un componente fundamental del proceso de desafiar y derrocar los regímenes burocráticos privilegiados y establecer la democracia socialista. Las demandas de socialización del trabajo doméstico, en particular, constituyen un aspecto importante del programa de transición para la futura revolución política.

En algunos aspectos, en comparación con los países capitalistas, la independencia económica y la posición social de las mujeres en los estados obreros ofrecen un contraste positivo. Pero la historia soviética también confirma de forma contundente que la institución familiar es la piedra angular de la opresión de las mujeres. Mientras la servidumbre doméstica de las mujeres se mantenga y fomente mediante políticas económicas y políticas, mientras las funciones familiares no sean asumidas plenamente por instituciones sociales superiores, la integración verdaderamente igualitaria de las mujeres en la vida productiva y en todos los asuntos sociales será imposible. La responsabilidad de las mujeres en el trabajo doméstico es la fuente de las desigualdades que enfrentan en la vida cotidiana, la educación, el trabajo y la política.

6. La contrarrevolución estalinista en relación con las mujeres y la familia, y la enorme desigualdad de las mujeres en la Unión Soviética, especialmente más de 60 años después de la Revolución de Octubre, constituyen hoy uno de los obstáculos para atraer a las mujeres radicalizadas de otras partes del mundo al marxismo revolucionario. Como en todas las demás cuestiones, las políticas del estalinismo a menudo se equiparán con el leninismo en lugar de reconocerlas por lo que son: la negación del leninismo. Las mujeres que luchan por su liberación en otros lugares a menudo miran hacia la URSS y los estados obreros deformados y dicen: «Si esto es lo que el socialismo hace por las mujeres, no lo necesitamos». Muchos antimarxistas señalan la situación de las mujeres en estos países como «prueba» de que el camino hacia la liberación femenina no pasa por la lucha de clases. Por lo tanto, la lucha por ganar el liderazgo de las feministas en otras partes del mundo está interrelacionada con el desarrollo de la revolución política en los estados obreros deformados y

degenerados, así como con nuestra capacidad para proyectar una imagen diferente del socialismo por el que luchamos como auténticas marxistas.

II. La Cuarta Internacional y la lucha por la liberación de la mujer

Nuestra perspectiva

1. La Cuarta Internacional celebra y defiende el surgimiento de una nueva ola de luchas de las mujeres para poner fin a su opresión secular. Al luchar en primera línea en estas batallas, demostramos que el partido mundial de la revolución socialista puede proporcionar un liderazgo capaz de llevar la lucha por la liberación de la mujer hasta su conclusión. Nuestro objetivo es ganarnos la confianza y el liderazgo de las masas femeninas, demostrando que nuestro programa y nuestras políticas de lucha de clases conducirán a la eliminación de la opresión de la mujer por el camino de la revolución proletaria exitosa y la reconstrucción socialista de la sociedad.

2. La perspectiva de la Cuarta Internacional se inscribe en la larga tradición del marxismo revolucionario. Se basa en las siguientes consideraciones:

a. La opresión de las mujeres surgió con la transición de la sociedad preclasista a la sociedad de clases. Es indispensable para el mantenimiento de la sociedad de clases en general y del capitalismo en particular. Por lo tanto, la lucha de las masas femeninas contra su opresión es una forma de lucha contra el dominio capitalista.

b. Las mujeres son un importante componente y un poderoso aliado potencial de la clase obrera en la lucha por derribar al capitalismo. Sin la revolución socialista, las mujeres no pueden establecer las precondiciones de su liberación. Sin la movilización de las masas de mujeres en la lucha por su propia liberación, la clase obrera no puede realizar sus tareas históricas. La destrucción del Estado burgués, la consolidación de un nuevo poder del estado basado en la organización democrática de la clase obrera y de sus aliados, la transformación de las bases económicas y las prioridades de la sociedad, y la lucha continua por eliminar todas las formas de relaciones sociales opresivas heredadas de la sociedad de clases sólo se puede realizar con la participación consciente y la dirección de un movimiento autónomo de la liberación de la mujer.

Así, nuestro apoyo para la construcción de un movimiento feminista autónomo forma parte de la estrategia del partido revolucionario de la clase obrera. Surge del mismo carácter de las divisiones sociales que el mismo capitalismo crea, de la forma en que éstas se utilizan para dividir y debilitar a la clase obrera y a sus aliados en la lucha por terminar con la sociedad de clases.

c. Todas las mujeres están oprimidas como tales. Las luchas alrededor de aspectos específicos de la opresión de la mujer necesariamente afecta a mujeres de diferentes clases y sectores sociales. Incluso algunas mujeres burguesas, rebelándose contra su opresión como mujeres, pueden romper con su clase y ser ganadas al lado del movimiento obrero revolucionario por ser ésta la única forma de conquistar su liberación.

Como señalaba Lenin en sus discusiones Con Clara Zetkin, "la acción alrededor de los aspectos de la opresión de la mujer, puede alcanzar el corazón de la clase enemiga, fomentar y aumentar el descontento, la incertidumbre, las contradicciones y los conflictos en el campo de la burguesía y sus amigos reformistas... Todo debilitamiento del enemigo es lo mismo que un aumento de nuestras fuerzas".

El hecho de que el resentimiento contra su opresión como mujeres pueda ser a menudo el punto de partida de la radicalización de sectores decisivos de mujeres pequeño burguesas, cuyo apoyo debe ganar la clase obrera, es aún más importante desde el punto de vista del partido marxista revolucionario.

d. Aunque todas las mujeres están oprimidas, los efectos de esta opresión son diferentes para las mujeres de distintas clases. Las que sufren la mayor explotación económica son también generalmente las que sufren más por su opresión como mujeres. Así, el movimiento de la liberación de la mujer proporciona una forma de llegar y movilizar a las mujeres más explotadas y oprimidas, que de otra forma no se verían afectadas tan rápidamente por las luchas de la clase obrera.

e. Si bien todas las mujeres se ven afectadas por su opresión como mujeres, el movimiento masivo de liberación femenina que nos esforzamos por construir debe ser fundamentalmente obrero en su composición, orientación y liderazgo. Solo un movimiento así, arraigado en las capas más explotadas de la clase trabajadora, podrá llevar la lucha por la liberación femenina hasta el final de forma inflexible, aliándose con las fuerzas sociales cuyos intereses de clase son paralelos y se entrecruzan con los de las mujeres. Solo un movimiento así podrá desempeñar un papel progresista en un contexto de creciente polarización de clases.

f. En esta perspectiva de largo plazo, las luchas de las mujeres en los sindicatos y en el trabajo tienen una importancia especial, reflejando la interrelación vital entre el movimiento de mujeres y el movimiento obrero y su impacto mutuo.

Esto queda demostrado por la creciente radicalización de las mujeres trabajadoras en la actualidad, la creciente comprensión de las fuerzas del movimiento de liberación femenina de que deben orientarse hacia las luchas de las mujeres

trabajadoras, y la disposición de sectores de la burocracia sindical en algunos países a tomar algunas iniciativas en torno a las reivindicaciones de las mujeres. Todos estos acontecimientos apuntan al carácter y la composición futuros del movimiento de liberación femenina y al tipo de fuerzas de clase que se presentarán para liderarlo.

Las luchas de las mujeres contra su opresión como sexo están interrelacionadas con las luchas de los trabajadores como clase, pero no son totalmente dependientes ni idénticas a ellas. Las mujeres no pueden lograr su liberación excepto en alianza con el poder organizado de la clase obrera. Pero esta necesidad histórica no significa en absoluto que las mujeres deban posponer ninguna de sus luchas hasta que la burocracia sindical actual sea reemplazada por un liderazgo revolucionario que recoja la bandera de la liberación femenina. Tampoco deben esperar a que la revolución socialista haya creado las bases materiales para acabar con su opresión. Al contrario, las mujeres que luchan por su liberación no deben esperar a que nadie les muestre el camino. Deben liderar la lucha y llevarla adelante. Al hacerlo, desempeñarán un papel de liderazgo dentro del movimiento obrero en su conjunto y pueden ayudar a crear el tipo de liderazgo de lucha de clases necesario para avanzar en todos los frentes.

El sexismo es una de las armas más poderosas que utiliza la clase dominante para dividir y debilitar al movimiento obrero. Pero no solo divide a hombres y mujeres. Su influencia conservadora trasciende las barreras de género, afectando tanto a hombres como a mujeres.

Su influencia se arraiga en el carácter de clase de la propia sociedad y en las múltiples formas en que la ideología burguesa se inculca en cada individuo desde su nacimiento. Los patronos enfrentan a cada sector de la clase trabajadora contra todos los demás. Promueven la creencia de que la igualdad de las mujeres solo puede lograrse a expensas de los hombres: quitándoles sus empleos, reduciéndoles los salarios y privándolas de las comodidades domésticas. La burocracia reformista del movimiento obrero, por supuesto, también se aprovecha de estas divisiones para mantener su control.

Educar a las masas obreras, hombres y mujeres, mediante la propaganda, la agitación y la acción en torno a las necesidades de las mujeres es parte esencial de la lucha para romper el yugo de la ideología burguesa reaccionaria en la clase obrera. Es parte indispensable de la politización y la educación revolucionaria del movimiento obrero.

i. El pleno poder y la fuerza unida de la clase obrera solo podrán materializarse cuando el movimiento obrero comience a superar sus profundas divisiones internas.

Esto solo se logrará cuando los trabajadores comprendan que quienes ocupan los puestos más altos de la escala salarial no deben sus ventajas materiales relativas a la discriminación y la opresión de otros. Son los patrones quienes se benefician de dicha estratificación y división. Los intereses de clase de todos los trabajadores son idénticos a las demandas y necesidades de las capas más oprimidas y explotadas de la clase: las mujeres, las nacionalidades oprimidas, los trabajadores inmigrantes, la juventud, los no organizados, los desempleados. El movimiento de mujeres tiene un papel particularmente importante que desempeñar para ayudar a la clase obrera a comprender esta verdad.

j. Conquistar el movimiento obrero organizado para luchar por las reivindicaciones de las mujeres forma parte de educar a la clase trabajadora para que piense socialmente y actúe políticamente. Es un eje central de la lucha para transformar los sindicatos en instrumentos de lucha revolucionaria en beneficio de toda la clase trabajadora.

Para contrarrestar los esfuerzos de la patronal por mantener dividida a la clase trabajadora, nos esforzamos por ganar las filas de los sindicatos, especialmente de los jóvenes rebeldes combativos. Cuanto más éxito tengamos en esta batalla, más veremos dividirse a la burocracia laboral. Quienes se nieguen a defender los intereses de la gran mayoría de los más oprimidos y explotados serán progresivamente marginados.

La lucha del partido revolucionario por ganar hegemonía y liderazgo en la clase trabajadora es inseparable de la batalla por convencer a la clase trabajadora y sus organizaciones de que reconozcan y defiendan las luchas de las mujeres como propias.

La lucha contra la opresión de la mujer no es un asunto secundario ni periférico. Es una cuestión de vida o muerte para el movimiento obrero, especialmente en un período de creciente polarización de clases.

Dado que el lugar de la mujer en la sociedad de clases genera muchas inseguridades y temores profundamente arraigados, y dado que la ideología que refuerza su inferioridad aún mantiene una fuerte influencia, especialmente fuera de la clase trabajadora, las mujeres son un blanco particular para todas las organizaciones clericales, reaccionarias y fascistas. Ya se trate de la Democracia Cristiana, la Falange o quienes se oponen al derecho al aborto, la reacción hace un llamamiento especial al apoyo de las mujeres, afirmando atender sus necesidades específicas, aprovechándose de su dependencia económica bajo el capitalismo y prometiendo aliviar la carga excesiva que soportan durante cualquier período de crisis social.

Desde la propaganda de la “kinder-kirche-kueche” del movimiento nazi hasta la movilización de las mujeres de clase media de la Democracia Cristiana en Chile para la marcha de las ollas vacías en 1971, la historia ha demostrado una y otra vez que la mística reaccionaria de la maternidad y la familia es una de las armas conservacionistas más poderosas que maneja la clase dominante.

Chile demostró una vez más de manera trágica que si el movimiento obrero no logra proponer y luchar por un programa y una perspectiva revolucionaria que responda a las necesidades de las masas de mujeres, muchas mujeres pequeñoburguesas e incluso de la clase trabajadora serán movilizadas del lado de la reacción o neutralizadas como potenciales partidarias del proletariado.

Los cambios objetivos en el rol económico y social de la mujer, su nueva radicalización y los cambios de conciencia y actitud que esto ha generado dificultan el predominio de la reacción. Esto constituye una nueva fuente de optimismo revolucionario para la clase trabajadora. La explosión masiva de conciencia feminista en España, como uno de los componentes más significativos de la creciente lucha de clases en la era posfranquista, también demuestra la velocidad con la que el control ideológico de la Iglesia y el Estado puede comenzar a desmoronarse en un período de efervescencia revolucionaria, incluso en sectores de la población donde ha sido muy fuerte.

l. Si bien la revolución proletaria victoriosa puede sentar las bases materiales para la socialización del trabajo doméstico y la plena igualdad económica y social de las mujeres, esta reconstrucción socialista de la sociedad, que asienta todas las relaciones humanas sobre una nueva base, no se logrará de forma inmediata ni automática. Durante el período de transición al socialismo, continuará la lucha por erradicar todas las formas de opresión heredadas de la sociedad de clases. Por ejemplo, la división social del trabajo en tareas femeninas y masculinas debe eliminarse en todas las esferas de actividad, desde la vida cotidiana hasta las fábricas. Será necesario tomar decisiones sobre la asignación de recursos escasos. Será necesario desarrollar un plan económico que refleje las necesidades sociales de las mujeres y propicie la socialización más rápida posible de las tareas domésticas. La continua organización autónoma de las mujeres será una condición previa para alcanzar democráticamente las decisiones económicas y sociales correctas. Por lo tanto, incluso después de la revolución, el movimiento independiente de liberación femenina desempeñará un papel indispensable para asegurar la capacidad de la clase trabajadora en su conjunto, hombres y mujeres, para llevar este proceso a buen término.

Nuestra estrategia de lucha de clases para luchar contra la opresión de las mujeres, nuestra respuesta a la pregunta de cómo movilizar a la clase trabajadora del lado de las mujeres y a las masas de mujeres del lado de la clase trabajadora, tiene tres facetas: nuestras demandas políticas, nuestros métodos de lucha y nuestra independencia de clase.

Nuestras demandas

A través de la totalidad del sistema de demandas que presentamos —que aborda todos los temas, desde la libertad de asociación política hasta el desempleo y la inflación, el aborto y las guarderías infantiles, el control obrero y el armamento del proletariado—, buscamos tender un puente entre las necesidades y luchas actuales de las masas trabajadoras y su nivel de conciencia hasta la culminación de la revolución socialista. Como parte de este programa de transición, presentamos demandas que abordan la opresión específica de las mujeres.

Nuestro programa señala los problemas en torno a los cuales las mujeres pueden comenzar a luchar para romper con las ataduras de su opresión y desafiar las prerrogativas de la clase dominante. Reconoce y ofrece respuestas a todos los aspectos de la opresión de las mujeres: legal, económica, social y sexual.

Dirigimos nuestras demandas contra los responsables de las condiciones económicas y sociales en las que se arraiga la opresión de las mujeres: la clase dominante, su gobierno y sus agencias. Orientamos el movimiento de liberación femenina hacia objetivos políticos claros. Presentamos nuestras demandas y propaganda de tal manera que demuestran cómo una sociedad que ya no se base en la propiedad privada, la explotación y la opresión transformaría radicalmente la vida de las mujeres en todos los ámbitos.

Nuestro conjunto interconectado de tareas y consignas incluye reivindicaciones inmediatas, democráticas y transicionales. Algunas pueden ser, y serán, arrebatadas a la clase dominante en el curso de la lucha que conduce a la revolución socialista. Tales victorias traen inspiración, mayor confianza y autosuficiencia. Otras reivindicaciones se cumplirán parcialmente. Las más fundamentales serán resistidas hasta el final por quienes controlan la propiedad y la riqueza. Estas solo pueden lograrse mediante la conquista del poder y la reconstrucción socialista de la sociedad.

Al luchar por estas reivindicaciones -tanto las que ofrecen soluciones a la opresión específica de las mujeres como las que responden a otras necesidades de las nacionalidades oprimidas y de la clase trabajadora en su conjunto- las masas de

mujeres llegarán a comprender la interrelación de su opresión como víctimas del dominio de clase.

Nuestras reivindicaciones dirigidas a eliminar la opresión específica de la mujer se centran en los siguientes puntos:

1. Plena igualdad jurídica, política y social para las mujeres

No a la discriminación por razón de sexo. Por el derecho de todas las mujeres a votar, participar en actividades públicas, formar o afiliarse a asociaciones políticas, vivir y viajar donde deseen y ejercer la profesión que elijan. Por la abolición de todas las leyes y regulaciones con sanciones especiales para las mujeres. Por la extensión a las mujeres de todos los derechos democráticos conquistados por los hombres.

2. El derecho de las mujeres a controlar sus propios cuerpos.

La mujer tiene el derecho exclusivo de elegir si desea prevenir o interrumpir un embarazo. Esto incluye el rechazo a los programas de control demográfico que son instrumentos de racismo o prejuicios de clase y que intentan atribuir los males de la sociedad de clases a las masas trabajadoras y campesinas.

- a. El fin de todas las restricciones gubernamentales al aborto y la anticoncepción, incluso para menores, trabajadores inmigrantes y otros no ciudadanos.
- b. Aborto gratuito a petición; no se permitirá la esterilización forzada ni ninguna otra interferencia gubernamental con el derecho de las mujeres a elegir si tener hijos o no y cuándo tenerlos. El derecho a elegir el método de aborto o anticonceptivo que prefiera la mujer.
- c. Información y dispositivos anticonceptivos gratuitos y ampliamente difundidos. Centros de anticoncepción y educación sexual financiados por el Estado en escuelas, barrios, hospitales y fábricas.
- d. Prioridad en la investigación médica al desarrollo de anticonceptivos totalmente seguros y 100 por ciento efectivos para hombres y mujeres; fin de toda experimentación médica y farmacológica en mujeres sin su consentimiento pleno e informado; nacionalización de la industria farmacéutica.

3. Fin de la hipocresía, la degradación y la coerción de las leyes familiares burguesas y feudales.

- a. Separación de la Iglesia y el Estado.

- b. Fin de todos los matrimonios forzados y la compraventa de esposas. Derogación de todas las leyes contra el adulterio. Abolición de las leyes que otorgan a los hombres "derechos conyugales" sobre sus esposas. Fin de todas las leyes, seculares o religiosas, que sancionen penas, maltrato físico o incluso el asesinato de esposas, hermanas e hijas por los llamados delitos contra el honor masculino.
- c. Abolición de todas las leyes que prohíban el matrimonio entre hombres y mujeres de diferentes razas, religiones o nacionalidades.
- d. El matrimonio será un proceso voluntario de registro civil.
- e. El derecho al divorcio automático a petición de cualquiera de los cónyuges. Prestación estatal de asistencia social y capacitación laboral para la mujer divorciada.
- f. Abolición del concepto de ilegitimidad. Fin de toda discriminación contra las madres solteras y sus hijos. Fin de las condiciones carcelarias que rigen los centros especiales creados para atender a madres solteras y otras mujeres que no tienen adónde ir.
- g. La crianza, el bienestar social y la educación de los niños serán responsabilidad de la sociedad, y no de los padres individualmente. Abolición de todas las leyes que otorgan a los padres derechos de propiedad y control total sobre los hijos. Leyes estrictas contra el maltrato infantil.
- h. Fin de todas las leyes que victimizan a las prostitutas. Fin de todas las leyes que refuerzan la doble moral entre hombres y mujeres en materia sexual. Fin de todas las leyes y regulaciones que victimizan a los jóvenes por sus actividades sexuales.
- i. El fin de la mutilación de las mujeres mediante la práctica de la infibulación o la clitoridectomía.
- j. Derogación de todas las leyes antihomosexuales. Fin de toda discriminación contra las personas homosexuales en el empleo, la vivienda y la custodia de los hijos. Fin de los estereotipos ofensivos sobre las personas homosexuales en los libros de texto y los medios de comunicación, o de la representación de las relaciones homosexuales como pervertidas y contrarias a la naturaleza.
- k. La violencia contra las mujeres, a menudo sancionada por leyes familiares reaccionarias, es una realidad cotidiana que todas las mujeres experimentan de alguna forma. Si bien no se trata de casos extremos como la violación o las palizas, existe la amenaza constante de agresión sexual, implícita en la amplia circulación de

literatura pornográfica y en los comentarios y gestos obscenos a los que las mujeres son sometidas constantemente en las calles y en el trabajo.

Exigimos la eliminación de las leyes que se basan en el supuesto de que las mujeres víctimas de violación son las partes culpables; el establecimiento de centros, independientes de la policía y los tribunales, diseñados para recibir, asesorar y ayudar a las esposas maltratadas, las víctimas de violación y otras mujeres víctimas de violencia sexual; la mejora del transporte público, el alumbrado público y otros servicios públicos que hagan que sea más seguro para las mujeres salir solas.

La violencia contra las mujeres es una consecuencia perversa de las condiciones sociales y económicas generales de la sociedad de clases. Inevitablemente aumenta durante los períodos de crisis social. Sin embargo, nos esforzamos por concienciar a mujeres y hombres sobre la imposibilidad de erradicar la violencia sexual sin cambiar las bases de la degradación económica, social y sexual de las mujeres. Denunciamos el uso racista y antiobrero de las leyes contra la violación para victimizar a hombres de nacionalidades oprimidas. Nos oponemos a las demandas de algunas feministas de imponer penas drásticas a los violadores convictos o de fortalecer el aparato represivo del Estado, cuyos policías se encuentran entre los más notorios abusadores de las mujeres.

Nos oponemos a cualquier tipo de censura de la literatura, incluso bajo el disfraz de campañas contra la pornografía.

4. Plena independencia económica de las mujeres.

a. Empleos garantizados con salarios sindicalizados para todas las mujeres que deseen trabajar, junto con una escala móvil de horas y salarios para combatir la inflación y el desempleo entre hombres y mujeres. Una semana laboral más corta para todos.

b. Eliminación de las leyes que discriminan el derecho de las mujeres a recibir y disponer de sus propios salarios y bienes.

c. Igualdad salarial por igual trabajo. Por un salario mínimo nacional basado en la escala sindical.

d. No discriminación contra la mujer en ningún oficio, profesión, categoría laboral, aprendizaje o programa de capacitación.

e. Contratación preferencial, capacitación, ascensos profesionales y ajustes de antigüedad para mujeres y otros sectores sobreexplotados de la fuerza laboral, a fin de superar los efectos de décadas de discriminación sistemática en su contra. No se

permitirá la contratación preferencial de hombres en oficios e industrias tradicionalmente dominados por mujeres.

f. Licencias de maternidad remuneradas para padre y madre sin pérdida de empleo ni antigüedad.

g. Se concederán licencias laborales remuneradas para cuidar a hijos enfermos tanto a hombres como a mujeres.

h. La ampliación de la legislación protectora beneficiosa (que ofrece condiciones laborales especiales a las mujeres) a los hombres, con el fin de mejorar las condiciones laborales tanto de hombres como de mujeres y evitar el uso de la legislación protectora para discriminar a las mujeres.

i. Una edad de jubilación uniforme para hombres y mujeres, siendo cada individuo libre de jubilarse o no.

j. A los trabajadores a tiempo parcial se les garantizará el mismo salario por hora y los mismos beneficios que a los trabajadores a tiempo completo.

k. Compensación a tasas sindicales durante los períodos de desempleo para todas las mujeres y hombres, incluidos los jóvenes que no encuentran un lugar en la fuerza laboral, independientemente de su estado civil o historial laboral. La compensación por desempleo estará protegida contra la inflación mediante aumentos automáticos.

5. Igualdad de oportunidades educativas.

a. Admisión gratuita y abierta para todas las mujeres a todas las instituciones educativas y programas de estudio, incluyendo programas de capacitación en el trabajo. Programas especiales de admisión preferencial para alentar a las mujeres a ingresar a campos tradicionalmente dominados por los hombres y aprender habilidades y oficios de los que anteriormente habían sido excluidas.

b. El fin de toda forma de presión sobre las mujeres para que se preparen para el "trabajo de mujeres", como las tareas domésticas, el secretariado, la enfermería y la docencia.

c. Educación especial y cursos de actualización para ayudar a las mujeres a reincorporarse al mercado laboral.

d. El fin de la representación de las mujeres como objetos sexuales, criaturas estúpidas, débiles y emocionalmente dependientes, en los libros de texto y los medios de comunicación. Cursos diseñados para enseñar la verdadera historia de las luchas de las mujeres contra su opresión. Cursos de educación física para enseñar a

las mujeres a desarrollar su fuerza y a sentirse orgullosas de sus habilidades atléticas.

e. No se permitirá la expulsión de estudiantes embarazadas o madres solteras, ni la segregación en instalaciones especiales.

6. Reorganización de la sociedad para eliminar la esclavitud doméstica de la mujer.

La familia como unidad económica no puede ser abolida por decreto. Solo puede ser reemplazada con el tiempo. El objetivo de la revolución socialista es crear alternativas económicas y sociales superiores a la actual institución familiar y más capaces de satisfacer las necesidades que la familia actualmente satisface, por muy deficientes que sean, para que las relaciones personales sean una cuestión de libre elección y no de compulsión económica. A la propaganda y agitación ultraizquierdistas por la abolición de la familia, contraponemos:

a. Centros de cuidado infantil y escuelas gratuitos, financiados por el Gobierno y abiertos las 24 horas del día, convenientemente ubicados y abiertos a todos los niños desde la infancia hasta la adolescencia temprana, independientemente del ingreso de los padres, su situación laboral o estado civil; personal masculino y femenino capacitado; eliminación de todas las prácticas educativas sexistas; las políticas de cuidado infantil serán decididas por quienes utilizan los centros.

b. Atención médica gratuita para todos e instalaciones especiales de cuidado infantil para los niños enfermos.

c. Desarrollo sistemático de servicios sociales de bajo costo y alta calidad, tales como cafeterías, restaurantes y centros de comida para llevar disponibles para todos; servicios de lavandería colectiva; servicios de limpieza de casas organizados sobre una base industrial.

d. Un programa de desarrollo de emergencia financiado por el gobierno para proporcionar viviendas saludables y sin hacinamiento para todos; sin que el alquiler supere el 10 por ciento del ingreso; sin discriminación contra las mujeres solteras o las mujeres con niños.

* * * * *

Estas reivindicaciones indican los temas en torno a los cuales las mujeres lucharán por su liberación y muestran cómo esta lucha se interrelaciona con las demandas de otros sectores oprimidos de la sociedad y las necesidades de la clase trabajadora en su conjunto. Es en esta lucha que la clase trabajadora se educará para comprender y oponerse al sexismo en todas sus formas y expresiones.

El movimiento de liberación femenina plantea numerosos problemas. Su desarrollo ya ha demostrado que no todas las mujeres saldrán a la palestra con la misma fuerza en un momento dado. Qué exigencias plantear en un momento dado durante una lucha, cuál es la mejor manera de formular demandas específicas para que sean comprensibles para las masas y capaces de movilizarlas a la acción, y cuándo proponer nuevas demandas para impulsar la lucha: la respuesta a estos problemas tácticos es la función del partido revolucionario, el arte mismo de la política.

Nuestros métodos de lucha

1. Utilizamos los métodos proletarios de movilización y acción para lograr estas reivindicaciones. Todo lo que hacemos está orientado a impulsar a las masas a la movilización y a la lucha, sea cual sea su nivel de conciencia actual. Las masas no aprenden simplemente por estar expuestas a ideas o por la acción ejemplar de otros. Solo a través de su participación directa, la conciencia política de las masas se desarrollará, crecerá y se transformará. Solo a través de su propia experiencia, millones de mujeres se convertirán en aliadas en la lucha revolucionaria y comprenderán la necesidad de erradicar un sistema económico basado en la explotación.

Nuestro objetivo es enseñar a las masas a confiar en su propio poder unido. Utilizamos las elecciones y otras instituciones de la democracia burguesa para presentar claramente nuestro programa al mayor número posible de trabajadores. Pero contraponemos la acción de masas extraparlamentaria (manifestaciones, mítines, huelgas, ocupaciones) a la confianza en las elecciones, el cabildeo, los parlamentos, las legislaturas y los políticos burgueses y pequeñoburgueses que los acosan.

Nuestros métodos de lucha de clases están orientados a despertar la iniciativa de la gran mayoría de las mujeres; a unir las; a romper su aislamiento doméstico y su falta de confianza en sus propias capacidades, inteligencia, independencia y fuerza. Luchando junto a ellas, aspiramos a demostrar que la explotación de clase es la raíz de la opresión de las mujeres y que su eliminación es el único camino hacia la emancipación.

Así como nos esforzamos por desarrollar la conciencia de clase del movimiento de liberación de las mujeres, tratamos de ganar el movimiento de los trabajadores para que asuma la lucha contra cada aspecto de la opresión de las mujeres.

En cada lucha, buscamos educar a las mujeres para que comprendan la desigualdad de clase que agudiza la opresión de los más explotados. Buscamos liderar el

movimiento para que se centre, ante todo, en movilizar a las mujeres de la clase trabajadora y las nacionalidades oprimidas. Mediante el sistema de reivindicaciones que presentamos y la propaganda que desarrollamos, nos esforzamos por impulsar la lucha en una dirección anticapitalista. Destacamos las implicaciones sociales de las reivindicaciones y exponemos la lógica del lucro y las condiciones de la sociedad de clases que limitan la capacidad de la clase dominante para implementar en la práctica incluso las concesiones que le han extraído mediante la lucha.

2. La opresión de las mujeres como sexo constituye la base objetiva de la movilización de las mujeres en la lucha a través de sus propias organizaciones. Por ello, la Cuarta Internacional apoya y contribuye a la construcción del movimiento de liberación femenina.

Por movimiento de mujeres nos referimos a todas las mujeres que se organizan, en un nivel u otro, para luchar contra la opresión que les impone esta sociedad: grupos de liberación femenina, grupos de concienciación, grupos vecinales, grupos estudiantiles, grupos organizados en centros de trabajo, comisiones sindicales, organizaciones de mujeres de nacionalidades oprimidas, grupos lésbico-feministas, coaliciones de acción en torno a demandas específicas. El movimiento de mujeres se caracteriza por su heterogeneidad, su penetración en todos los estratos de la sociedad y su independencia de cualquier organización política, a pesar de la actividad de diversas corrientes en su seno. Además, algunos grupos y coaliciones de acción, aunque liderados y sostenidos por mujeres, también están abiertos a la participación de hombres, como la Organización Nacional de Mujeres de Estados Unidos y la Campaña Nacional contra el Aborto de Gran Bretaña.

Si bien la mayoría de los grupos de mujeres se desarrollaron inicialmente al margen de las organizaciones de masas de la clase trabajadora, la creciente radicalización ha llevado a cada vez más mujeres trabajadoras a buscar formas de organizarse dentro de sus organizaciones de clase. En España, un gran número de mujeres se unió a las Comisiones Obreras (CO) y dinamizó sus comités de mujeres. En Francia, miles de mujeres participan ahora en comisiones sindicales, así como en organizaciones de planificación familiar y grupos de mujeres. En Bolivia, las esposas de mineros han formado comités de amas de casa afiliados a la COB (Confederación Obrera Boliviana).

Pero todas ellas son formas de una realidad turbulenta y aún en gran medida desestructurada llamada movimiento de mujeres independiente o autónomo.

Por independiente o autónomo no nos referimos a ser independiente de la lucha de clases ni de las necesidades de la clase trabajadora. Al contrario, solo fusionando los

objetivos y las reivindicaciones del movimiento de mujeres con la lucha de la clase trabajadora se podrán reunir las fuerzas necesarias para alcanzar las metas de las mujeres.

Por independiente o autónomo queremos decir que el movimiento está organizado y dirigido por mujeres; que toma la lucha por los derechos y necesidades de las mujeres como su primera prioridad, negándose a subordinar esa lucha a cualquier otro interés; que no está subordinado a las decisiones o necesidades políticas de ninguna tendencia política o cualquier otro grupo social; que está dispuesto a llevar adelante la lucha por cualquier medio y junto con cualquier fuerza que resulte necesaria.

Es claro que no todos los grupos dentro del movimiento cumplen esos criterios en forma total o igual, pero ese es el carácter del movimiento independiente de liberación de las mujeres que buscamos construir.

3. La forma organizativa dominante del movimiento de mujeres han sido los grupos exclusivamente femeninos. Estos han surgido en prácticamente todos los ámbitos, desde las escuelas y las iglesias hasta las fábricas y los sindicatos. Esto expresa la determinación de las mujeres de asumir el liderazgo de sus propias organizaciones, donde pueden aprender, desarrollarse y liderar sin temor a ser menospreciadas o dictadas por los hombres, ni a tener que competir con ellos desde el principio.

Antes de que las mujeres puedan liderar a otras, deben superar sus sentimientos de inferioridad y autodesprecio. Deben aprender a liderarse a sí mismas. Los grupos feministas que excluyen consciente y deliberadamente a los hombres ayudan a muchas mujeres a dar los primeros pasos para superar su mentalidad de esclavas, ganando confianza, orgullo y valentía para actuar como seres políticos.

Los pequeños grupos de "concienciación" que han surgido en todas partes como una de las formas más frecuentes de la nueva radicalización ayudan a muchas mujeres a darse cuenta de que sus problemas no surgen de deficiencias personales, sino que son creados socialmente y comunes a otras mujeres.

Si permanecen ensimismadas y se limitan a círculos de debate en lugar de unirse a otras para actuar, pueden convertirse en un obstáculo para el desarrollo político de las mujeres involucradas. Pero, con frecuencia, sientan las bases para que las mujeres salgan de su aislamiento por primera vez, adquieran confianza y pasen a la acción.

El deseo de las mujeres de organizarse en grupos exclusivamente femeninos es opuesto a la práctica seguida por muchos partidos estalinistas de masas, que

organizan organizaciones juveniles separadas, masculinas y femeninas, con el fin de reprimir la actividad sexual y reforzar los estereotipos sexuales, es decir, la inferioridad de las mujeres. Los grupos independientes exclusivamente femeninos que han surgido hoy expresan, en parte, la desconfianza que muchas mujeres radicalizadas sienten hacia las organizaciones reformistas de masas de la clase trabajadora, que han fracasado tan miserablemente en la lucha por sus necesidades.

Nuestro apoyo y trabajo para construir el movimiento independiente de liberación femenina distingue a la Cuarta Internacional hoy de muchos grupos sectarios que afirman defender la ortodoxia marxista, representada por sus interpretaciones de las resoluciones de los primeros cuatro congresos de la Tercera Internacional. Dichos grupos rechazan la creación de cualquier organización de mujeres, excepto aquellas vinculadas directamente a su partido y bajo su control político.

A aquellos "marxistas" que afirman que los grupos de liberación femenina organizados sobre la base de las mujeres solo dividen a la clase trabajadora por sexos, les decimos que no son quienes luchan contra su opresión los responsables de crear o mantener las divisiones. El capitalismo divide a la clase trabajadora por raza, sexo, edad, nacionalidad, nivel de cualificación y por todos los medios posibles. Nuestra labor es organizar y apoyar las luchas de las capas más oprimidas y explotadas, que plantean reivindicaciones que representan los intereses de toda la clase y liderarán la lucha por el socialismo. Quienes más sufren por lo viejo lucharán con más energía por lo nuevo.

4. Las formas en que trabajamos pueden variar considerablemente según las circunstancias concretas en que se encuentren nuestras organizaciones. Nuestras tácticas se rigen por nuestro objetivo estratégico, que es educar y liderar en la acción a fuerzas mucho más amplias que nosotros, especialmente a las fuerzas decisivas de la clase obrera, para ayudar a construir un movimiento masivo de liberación femenina, fortalecer un ala clasista del movimiento de mujeres y reclutar a los mejores cuadros para el partido revolucionario.

Los factores que deben tenerse en cuenta incluyen la fuerza de nuestras propias fuerzas; el tamaño, el carácter y el nivel político de las fuerzas de liberación femenina; la fuerza de las fuerzas liberales, socialdemócratas, estalinistas y centristas contra las que debemos luchar; y el contexto político general en el que trabajamos. Es una cuestión táctica si debemos organizar grupos de liberación femenina según un programa socialista amplio, trabajar a través de las organizaciones existentes del movimiento de liberación femenina, construir amplias coaliciones de acción en torno a temas específicos, trabajar a través de comisiones sindicales o grupos de presión

en otras organizaciones de masas, combinar varias de estas actividades o trabajar mediante formas completamente diferentes.

Cualquiera que sea la forma organizativa que adoptemos, la cuestión fundamental que debe decidirse es la misma: ¿qué cuestiones y demandas específicas deben plantearse en las circunstancias dadas para movilizar más eficazmente a las mujeres y sus aliados en la lucha?

5. No hay contradicción entre apoyar y construir organizaciones exclusivamente femeninas para luchar por la liberación de la mujer o por demandas específicas relacionadas con la opresión de la mujer, y simultáneamente construir coaliciones de acción masiva que involucren tanto a hombres como a mujeres para luchar por las mismas demandas. Las campañas en torno al derecho al aborto han sido un buen ejemplo de ello. Las mujeres serán la columna vertebral de dichas campañas, pero dado que la lucha beneficia a las masas trabajadoras en su conjunto, nuestra perspectiva es obtener el apoyo para el movimiento de todas las organizaciones de la clase trabajadora y de los oprimidos.

6. Nuestra perspectiva de movilizar a las masas de mujeres para la acción se puede lograr mejor en el período actual mediante campañas de acción de frente unido, que movilizan el mayor apoyo posible en torno a demandas concretas. Esto es aún más cierto dada la relativa debilidad de las secciones de la Cuarta Internacional y la relativa fuerza de los liberales y nuestros oponentes reformistas y colaboracionistas de clase. Para muchas mujeres y hombres, la participación en las acciones organizadas por estas campañas ha sido su primer paso hacia el apoyo a los objetivos políticos del movimiento de liberación femenina. Las campañas de frente unido contra el aborto en numerosos países son un ejemplo de este tipo de acción.

Mediante estas acciones de frente unido, podemos desplegar la mayor fuerza contra el gobierno capitalista y concienciar a las mujeres y a la clase trabajadora sobre su propia fuerza. En la medida en que los "amigos" liberales de las mujeres, los estalinistas, los socialdemócratas y los burócratas sindicales se nieguen a apoyar estas campañas unificadas por las necesidades de las mujeres, se aislarán y se expondrán por su propia inacción, oposición o disposición a subordinar las necesidades de las mujeres a su búsqueda de una alianza con los sectores supuestamente "progresistas" de la clase dominante. Y si la presión de las masas los obliga a apoyar estas acciones, esto solo puede ampliar el atractivo de las campañas y agudizar las contradicciones dentro de las fuerzas reformistas y liberales.

Como ya hemos visto tan claramente en torno a la cuestión del aborto, estas campañas de acción de tipo frente unido son de particular importancia para

profundizar la interacción entre el movimiento independiente de mujeres y el movimiento obrero, ya que ponen la mayor presión sobre la burocracia laboral para que responda.

7. Dado que nuestra orientación es construir un movimiento de mujeres con una composición y liderazgo fundamentalmente obreros, y dada la interconexión entre la lucha por la liberación femenina y la transformación de los sindicatos en instrumentos que defiendan eficazmente los intereses de toda la clase, otorgamos especial importancia a las luchas de las mujeres en los sindicatos y en el trabajo. Nuestro objetivo es organizar a las mujeres para que participen activamente en sus sindicatos y en el movimiento de liberación femenina.

Aquí, como en otras partes de la sociedad capitalista, las mujeres están sujetas a la dominación masculina, a la discriminación como sexo inferior que está fuera de su "lugar natural". Pero el creciente número de mujeres en la fuerza laboral y su creciente conciencia de su doble opresión ya han generado cambios significativos en las actitudes de las trabajadoras, fortaleciendo su inclinación a organizarse, sindicalizarse y luchar por sus derechos.

Las trabajadoras participan en numerosas luchas por reivindicaciones generales relacionadas con las necesidades económicas y las condiciones laborales de todos los trabajadores. También plantean con frecuencia las necesidades especiales de las trabajadoras, como la igualdad salarial, las prestaciones por maternidad, las guarderías y la contratación y formación preferenciales. Ambas son fundamentales para la lucha por la liberación femenina, así como para la clase trabajadora en general. Estas luchas y reivindicaciones de las trabajadoras adquirirán mayor peso a medida que la lucha de clases se profundice bajo el impacto de la crisis económica. Tendrán un impacto cada vez mayor en el movimiento de liberación femenina.

La mayoría de las mujeres que participan en estas luchas no se consideran feministas. Simplemente creen tener derecho a la misma remuneración por realizar el mismo trabajo que un hombre, o creen tener derecho a trabajar en algún sector tradicionalmente "masculino". A menudo protestan enérgicamente diciendo que no son feministas.

Las mujeres trabajadoras que se involucran en las luchas en el trabajo enfrentan los mismos problemas y condiciones que han dado origen al movimiento de mujeres independiente.

A menudo se enfrentan al acoso y abuso sexista, organizado y promovido por sus capataces y supervisores. Incluso cuando proviene de sus compañeros, suele ser

resultado de un ambiente fomentado por el empleador. Las mujeres se enfrentan a la difícil tarea, a veces, de luchar para convencer al sindicato de que las defienda del acoso y la victimización graves por parte del personal directivo. Tienen que convencer a sus compañeros de que, cuando las hacen pasar un mal rato en el trabajo, solo están haciendo el trabajo del jefe y contribuyendo a su política de "divide y vencerás".

A medida que las mujeres comienzan a desempeñar un papel activo, a asumir responsabilidades de liderazgo, a demostrar su capacidad de liderazgo ante sí mismas y ante los demás, a ganar confianza y a desempeñar un papel independiente, desarrollan una mayor comprensión de la lucha del movimiento de liberación femenina. La correcta presentación de demandas y objetivos claros y concretos por parte del movimiento feminista es indispensable para llegar e involucrar a millones de mujeres trabajadoras, cuyo desarrollo político consciente comienza al intentar afrontar sus problemas como mujeres que también deben trabajar para ganarse la vida.

8. El creciente peso y papel de la mujer en el movimiento obrero tiene un impacto importante en la conciencia de muchos trabajadores varones, que empiezan a ver a las mujeres más como compañeras iguales en la lucha y menos como criaturas débiles que deben ser mimadas y protegidas.

En este contexto, las demandas de contratación preferencial, capacitación y promoción laboral para las mujeres en los sectores de la economía tradicionalmente dominados por los hombres tienen una importancia especial.

a. Desafían la división dentro de la clase trabajadora según el sexo, divisiones que son fomentadas y mantenidas por los patrones para debilitar a la clase trabajadora y mantener bajos los salarios y las condiciones de trabajo de toda la clase.

b. Ayudan a educar a los trabajadores, tanto hombres como mujeres, para que aprecien los efectos materiales de la discriminación contra la mujer y la necesidad de adoptar medidas conscientes para superar los efectos de siglos de subyugación forzada.

c. A medida que las mujeres comienzan a romper la división tradicional del trabajo según el sexo y a establecer su igualdad de derechos al empleo y su capacidad para desempeñar trabajos "masculinos" al igual que los hombres, se debilitan las actitudes y suposiciones sexistas dentro de la clase trabajadora y se cuestiona la división social del trabajo en todos los ámbitos.

Las luchas que abren las puertas a las mujeres para acceder a los ámbitos educativos, ocupacionales y de liderazgo, antes dominados por los hombres,

plantean de la manera más clara posible la erradicación de su condición social inferior. Junto con las reivindicaciones que promueven los derechos democráticos básicos de las mujeres y las que buscan socializar el trabajo doméstico que realizan, como la expansión y mejora de las guarderías, tienen un poderoso impacto educativo en la clase trabajadora.

9. Estas demandas también revisten especial importancia en la lucha por transformar los sindicatos en instrumentos revolucionarios de la lucha de clases y desafiar el sesgo sexista de la burocracia sindical. Esta se apoya en las capas más privilegiadas de los trabajadores varones, quienes suelen ver las demandas preferenciales como una amenaza a sus prerrogativas inmediatas. Por lo tanto, los elementos más conscientes de la burocracia se oponen firmemente a las demandas de los sectores más oprimidos y explotados de la clase trabajadora, que buscan erradicar las profundas divisiones dentro de la clase.

Una parte importante de nuestra orientación estratégica para desarrollar un ala izquierda de lucha de clases en el movimiento sindical es utilizar el peso creciente de fuerzas como el movimiento de liberación de la mujer para plantear las cuestiones sociales y políticas clave en las que el movimiento obrero debería desempeñar un papel de liderazgo.

A medida que las filas de los sindicatos se ganen para apoyar tales luchas, las políticas reaccionarias anti-mujer y, por lo tanto, anti-clase trabajadora de la burocracia laboral quedarán expuestas y surgirán nuevas fuerzas para liderarlas.

10. Existen muchas dificultades para organizar a las trabajadoras. Precisamente debido a su opresión como mujeres, tienen menos probabilidades de sindicalizarse o de tener una fuerte conciencia de clase. Su participación en la fuerza laboral suele ser más esporádica. Su doble carga de responsabilidades y tareas domésticas resulta agotadora y les quita mucho tiempo, lo que les resta energía para la actividad política y sindical. La grave insuficiencia de guarderías dificulta especialmente la participación en reuniones.

Por estas razones, la lucha para convencer a los sindicatos de que asuman las demandas especiales de las mujeres es inseparable de la lucha por la democracia sindical. Esta no solo abarca cuestiones como el derecho de los afiliados a votar en todas las cuestiones, la elección de todos los órganos de dirección y personal, y el derecho a formar tendencias. También implica medidas especiales que permitan a las mujeres participar en igualdad de condiciones: guarderías organizadas por el sindicato durante las reuniones, comisiones sindicales que atiendan específicamente las necesidades de las mujeres, el derecho a reunirse en grupos de

mujeres cuando sea necesario, disposiciones especiales para reunirse durante el horario laboral y medidas para asegurar una representación adecuada de las mujeres en todos los órganos de dirección. Dentro del movimiento obrero, combatir las actitudes y prácticas sexistas es parte integral de la lucha por la democracia sindical y la solidaridad de clase.

11. Si damos especial importancia a las luchas de las mujeres que trabajan fuera del hogar no es porque despreciemos la opresión que sufren las amas de casa. Al contrario, comprendemos y proponemos un programa que responde a los profundos problemas que enfrentan las mujeres en el hogar, la gran mayoría de las cuales son mujeres de clase trabajadora, que pasarán parte de su vida en el mercado laboral, además de asumir sus responsabilidades domésticas. Ofrecemos una perspectiva de escape de la monotonía insoportable del trabajo doméstico, del aislamiento que impone a cada mujer, de la dependencia económica de las amas de casa y del miedo y la inseguridad que esto genera. Contraponemos nuestro programa de socialización del trabajo doméstico y la integración de las mujeres en la fuerza laboral productiva en igualdad de condiciones a las alternativas que ofrece la reacción: una glorificación del trabajo doméstico y la maternidad, y propuestas para compensar a las mujeres por su esclavitud doméstica mediante salarios por trabajo doméstico o planes similares, superficialmente atractivos.

A medida que el capitalismo en crisis traslada cada vez más cargas económicas a las familias, suelen ser las amas de casa, responsables de estirar los ingresos familiares para cubrir las necesidades básicas, quienes primero salen a las calles a protestar por la escasez de alimentos y la inflación galopante. Estos movimientos pueden ser un primer paso hacia la conciencia política y la acción colectiva para miles de mujeres. Ofrecen una oportunidad y un desafío al movimiento obrero para unirse y ayudar a liderar y orientar estas protestas, que pueden desarrollarse con una rapidez explosiva. Las demandas de comités conjuntos de vigilancia de precios entre trabajadores y consumidores ofrecen un punto de encuentro para el movimiento obrero, las amas de casa que protestan y otros consumidores.

Sin embargo, a diferencia de las amas de casa, las mujeres trabajadoras ya están semiorganizadas por el mercado laboral. Su lugar dentro de la clase obrera, dentro del movimiento obrero, y su estatus económico las colocan en posición de desempeñar un papel de liderazgo fundamental en las luchas de las mujeres y de la clase obrera en su conjunto.

12. No hay contradicción entre construir un movimiento independiente de liberación de la mujer, construir sindicatos y construir un Partido Marxista revolucionario de mujeres y hombres.

La lucha por el socialismo requiere de las tres. Cumplen funciones diferentes. El movimiento feminista de masas moviliza a las mujeres en la lucha por sus necesidades y mediante sus propias formas de organización independientes. Los sindicatos son las organizaciones básicas de defensa económica de la clase trabajadora. El partido marxista revolucionario de masas, mediante su programa y acción, proporciona liderazgo a la clase trabajadora y sus aliados, incluidas las mujeres, y orienta firmemente todas las facetas de la lucha de clases hacia un esfuerzo conjunto para establecer un gobierno obrero y abolir el capitalismo.

No existe una base objetiva para una organización revolucionaria de mujeres marxistas independiente. A menos que mujeres y hombres compartan por igual los derechos y responsabilidades de la membresía y el liderazgo en un partido que desarrolle un programa político y actividades que representen los intereses de todos los oprimidos y explotados, el partido jamás podrá liderar a la clase trabajadora en el cumplimiento de sus tareas históricas.

Sostenemos que no existen cuestiones exclusivamente femeninas. Toda cuestión que concierne a la mitad femenina de la humanidad es, asimismo, una cuestión social más amplia, de vital interés para la clase trabajadora en su conjunto. Si bien planteamos reivindicaciones que abordan la opresión específica de las mujeres, no tenemos un programa específico para la liberación femenina. Nuestras reivindicaciones son parte integral de nuestro programa de transición para la revolución socialista.

13. El programa del partido revolucionario sintetiza las lecciones de las luchas contra todas las formas de explotación y opresión económica y social. El partido expresa los intereses históricos del proletariado a través de su programa y acción. Por lo tanto, no solo aprende de la participación de sus miembros en el movimiento de liberación femenina, sino que también desempeña un papel indispensable. A través de nuestra labor para construir el movimiento independiente de mujeres, profundizamos la comprensión del partido sobre la opresión femenina y la lucha contra ella. Asimismo, nos esforzamos por ganar cada vez más fuerzas para una estrategia eficaz para la liberación femenina, es decir, para una perspectiva de lucha de clases.

No exigimos el acuerdo con nuestro programa como condición previa para construir un movimiento de mujeres independiente. Al contrario, un movimiento de base amplia, en el que confluyan diversas experiencias personales y perspectivas políticas

en un marco de debate y discusión democráticos, solo puede fortalecer la confianza política y la combatividad del movimiento. Aumenta la posibilidad de desarrollar una perspectiva correcta.

Sin embargo, no aspiramos a la unidad orgánica de todos los componentes del movimiento de mujeres a toda costa. Luchamos por la unidad de acción más amplia posible, basada en reivindicaciones y actividades que reflejen genuinamente las necesidades objetivas de las mujeres, lo cual constituye también el programa en beneficio de la clase trabajadora.

Intentamos construir el ala más fuerte posible dentro del movimiento de liberación femenina, compuesta por quienes comparten nuestras perspectivas clasistas. Una lucha constante contra todos los aspectos de la opresión femenina implica combatir con firmeza cualquier intento de desviar las luchas de las mujeres hacia el callejón sin salida reformista de gestionar los programas de austeridad de los gobernantes, o hacia la búsqueda de soluciones individuales. Nos esforzamos por reclutar a las personas más conscientes y combativas para el partido revolucionario.

Nuestro objetivo es ganar el liderazgo del movimiento de liberación femenina, demostrando a las mujeres en la práctica que tenemos el programa y las perspectivas que pueden conducir a la liberación. Esto no es una postura sectaria. Tampoco indica un intento manipulador de dominar o controlar el movimiento de masas. Al contrario, refleja nuestra convicción de que la lucha contra la opresión femenina solo puede ganarse si el movimiento feminista se desarrolla en una dirección anticapitalista. Esta evolución no es automática. Depende de las demandas planteadas, las fuerzas de clase hacia las que se orienta el movimiento feminista y las formas de acción en las que participa. Solo la intervención consciente del partido revolucionario y su capacidad para ganar la confianza y el liderazgo de las mujeres que luchan por su liberación ofrece alguna garantía de que la lucha femenina finalmente sea victoriosa.

14. Nos preocupan todos los aspectos de la opresión de las mujeres. Sin embargo, como partido político basado en un programa que representa los intereses históricos de la clase trabajadora y de todos los oprimidos, nuestra principal tarea es ayudar a dirigir el movimiento de liberación femenina hacia la acción política que pueda conducir eficazmente a la erradicación de la propiedad privada, en la que se arraiga dicha opresión. En torno a cada faceta de la opresión de las mujeres, nos esforzamos por desarrollar demandas y acciones que cuestionen las políticas sociales y económicas de la burguesía y señalen las soluciones que serían posibles si no fuera porque todas las políticas sociales se deciden sobre la base de la maximización de las ganancias privadas.

Nuestro enfoque de la lucha por la liberación femenina como una cuestión eminentemente política a menudo nos enfrenta a las corrientes feministas radicales pequeñoburguesas, que contraponen el desarrollo de nuevos "estilos de vida" individuales a la acción política dirigida contra el Estado. Culpan a los hombres en lugar del capitalismo. Contraponen la reforma de los hombres como individuos, intentando hacerlos menos sexistas, a la organización contra el gobierno burgués que defiende y sostiene las instituciones de la sociedad de clases, responsables de la supremacía masculina y la opresión de las mujeres. A menudo intentan construir "contrainstituciones" utópicas en el seno de la sociedad de clases.

Como revolucionarias, reconocemos que los problemas que muchas mujeres buscan resolver de esta manera son reales y preocupantes. Nuestra crítica no se dirige a quienes intentan encontrar una salida personal a las presiones intolerables que la sociedad capitalista les impone. Sin embargo, señalamos que para las masas trabajadoras no existe una solución individual. Deben luchar colectivamente para transformar la sociedad antes de que su estilo de vida se vea alterado significativamente. En definitiva, no existen soluciones puramente privadas para ninguna de nosotras. El escapismo individual es una forma de utopismo que solo puede conducir a la desilusión y a la dispersión de las fuerzas revolucionarias.

Nuestra independencia de clase

1. La independencia política es la tercera faceta de nuestra estrategia clasista para combatir la opresión de las mujeres. No postergamos ni subordinamos ninguna demanda, acción o lucha de las mujeres a las necesidades e inquietudes políticas de las fuerzas políticas burguesas o reformistas con sus tácticas parlamentarias de boxeo de sombras y sus maniobras electorales.

2. Luchamos por mantener las organizaciones y luchas de liberación femenina independientes de todas las fuerzas y partidos burgueses. Nos oponemos a los intentos de desviar las luchas de las mujeres hacia la construcción de grupos de mujeres dentro de partidos capitalistas o de la política burguesa, o orientados hacia ellos, como ha ocurrido en Estados Unidos, Canadá y Australia. Nos oponemos a la formación de un partido político de mujeres, como el que surgió en Bélgica y ha sido defendido por algunos grupos feministas en España y otros países. La elección de más mujeres para cargos públicos con un programa liberal-burgués o pequeñoburgués radical, si bien refleja un cambio de actitud, no puede contribuir en absoluto a promover los intereses de las mujeres.

La liberación femenina forma parte de la lucha histórica de la clase trabajadora contra el capitalismo. Nos esforzamos por que ese vínculo sea consciente por parte

de las mujeres y de la clase trabajadora. Pero no rechazamos el apoyo de figuras burguesas o políticas que expresen su acuerdo con cualquiera de nuestras demandas u objetivos. Eso nos fortalece, no a ellos. Es su contradicción, no la nuestra.

Aspiramos a una acción de frente unido en torno a demandas y campañas específicas con las fuerzas más amplias posibles, especialmente los partidos reformistas de masas de la clase obrera. Sin embargo, rechazamos las perspectivas políticas de los partidos estalinistas y socialdemócratas.

Las políticas y la conducta de ambas corrientes dentro del movimiento obrero se basan en la preservación de las instituciones del sistema capitalista, incluida la familia, independientemente de sus declaraciones sobre las luchas de las mujeres contra su opresión. Ambas están dispuestas a subordinar las necesidades de las mujeres a cualquier acuerdo de colaboración de clases que intenten negociar en el momento, ya sea con la monarquía en España, la Democracia Cristiana en Italia o los partidos burgueses de oposición en Alemania Occidental o Gran Bretaña. Los estalinistas no se cansan de repetirles a las mujeres que el camino a la felicidad pasa por la "democracia avanzada" o la "coalición antimonopolio". Aconsejan a las mujeres no exigir más de lo que la "democracia" (es decir, el capitalismo) puede ofrecer. Los socialdemócratas, especialmente cuando gestionan programas de "austeridad" para la burguesía, nunca se apresuran a implementar los recortes en los servicios sociales exigidos por la clase dominante, medidas que a menudo afectan con mayor dureza a las mujeres.

4. Solo mediante una ruptura programática y organizativa inflexible con la burguesía y todas las formas de colaboración de clases, la clase obrera y sus aliados, incluidas las mujeres que luchan por su liberación, podrán movilizarse como una fuerza poderosa y segura de sí misma, capaz de llevar la revolución socialista hasta el final. La tarea del partido marxista revolucionario es proporcionar el liderazgo para educar a las masas trabajadoras, incluido el movimiento de mujeres, mediante la acción y la propaganda en esta perspectiva de lucha de clases.

Las tareas de la Cuarta Internacional hoy

1. El nuevo auge del movimiento de liberación femenina ha avanzado de forma desigual a escala mundial, y la conciencia feminista ha tenido distintos grados de impacto. Sin embargo, la velocidad con la que las ideas revolucionarias y las lecciones de lucha se transmiten de un país a otro, y de un sector de la revolución mundial a otro, garantiza la continua difusión de las luchas de liberación femenina. El cuestionamiento cada vez más extendido del rol tradicional de la mujer crea un ambiente propicio para la educación y la propaganda marxistas, así como para la

acción concreta en apoyo de la liberación femenina. A través de nuestras actividades de prensa y propaganda, la Cuarta Internacional tiene cada vez más oportunidades para explicar el origen y la naturaleza de la opresión femenina, nuestro programa para erradicarla junto con la sociedad de clases en la que se arraiga, y la dinámica revolucionaria de la lucha de las mujeres por la liberación.

2. La participación de nuestras secciones y organizaciones simpatizantes en el movimiento de liberación femenina en numerosos países ha demostrado un potencial considerable para ayudar a organizar y liderar campañas de acción en torno a los problemas planteados en la lucha contra la opresión femenina. Estas campañas suelen brindar oportunidades, especialmente para que nuestras compañeras adquieran experiencia valiosa y desempeñen un papel de liderazgo en el movimiento de masas. Con frecuencia, son una vía a través de la cual incluso un número relativamente pequeño de compañeras puede desempeñar un papel político significativo y ganar influencia entre fuerzas mucho más amplias. Nuestro apoyo y participación activa en el movimiento de liberación femenina ya nos ha permitido conseguir muchas nuevas afiliadas.

La orientación de las secciones y organizaciones simpatizantes de la Cuarta Internacional es comprometer nuestras fuerzas en la construcción del movimiento de liberación de la mujer y campañas de acción en torno a temas específicos como el aborto, el cuidado infantil, el derecho al trabajo y otros aspectos de nuestro programa.

También fomentamos la solidaridad internacional en el movimiento de mujeres y, siempre que sea posible, la coordinación internacional de campañas de acción en torno a temas comunes. La campaña internacional sobre el aborto, en la que nuestras secciones han desempeñado un papel decisivo con frecuencia, es un buen ejemplo del tipo de coordinación internacional posible.

3. Además de participar en todas las diversas formas organizativas independientes que han surgido como parte de la radicalización de las mujeres, debemos integrar la propaganda y la actividad de liberación femenina en todos nuestros ámbitos de trabajo, desde los sindicatos hasta el ámbito estudiantil. Es especialmente entre la juventud —estudiantes, jóvenes trabajadores, jóvenes amas de casa— donde encontraremos la mayor receptividad a nuestras ideas y programa, así como la mayor disposición para la acción.

El trabajo de liberación femenina no es responsabilidad exclusiva de las camaradas, aunque ellas deberán liderarlo. Como en cualquier otra cuestión, toda la militancia y la dirección del partido deben conocer nuestro trabajo, participar colectivamente en

la definición de nuestra línea política y asumir la responsabilidad de llevar nuestras campañas y propaganda a todos los ámbitos de la lucha de clases donde actuamos. Tanto los camaradas hombres como las mujeres contribuirán a impulsarlo.

4. Para organizar y llevar a cabo un trabajo sistemático de liberación femenina, las secciones de la Cuarta Internacional deberían establecer comisiones o fracciones integradas por quienes participan en este trabajo. Dichas fracciones incluirían tanto a compañeros como a compañeras, según las actividades en las que participemos.

Deben ayudar a los órganos de dirección pertinentes a prestar atención regular a todos los aspectos de nuestro trabajo en torno a las cuestiones y demandas planteadas por el movimiento de liberación femenina, incluyendo propuestas para la formación interna de nuestra militancia. Al establecer comisiones y fracciones que, junto con los órganos de dirección, se encarguen de debatir e implementar un trabajo sistemático, podemos aprovechar al máximo las oportunidades y oportunidades, y concientizar plenamente a nuestra militancia sobre la importancia política de la lucha por la liberación femenina.

5. La educación sistemática sobre la historia de la opresión y las luchas de las mujeres, así como las cuestiones teóricas y políticas que conlleva, debe organizarse en las secciones de la Cuarta Internacional. Esta educación no debe limitarse a escuelas especiales puntuales, sino que debe formar parte de la vida cotidiana de la organización. Debe formar parte de la formación política básica de cada miembro a medida que adquiere y profundiza su comprensión de las posiciones fundamentales del marxismo revolucionario.

No nos hacemos ilusiones de que las secciones puedan ser islas de la futura sociedad socialista flotando en un pantano capitalista, ni de que los camaradas individuales puedan escapar por completo de la educación y el condicionamiento que absorben del esfuerzo diario por sobrevivir en la sociedad de clases. Las actitudes sexistas pueden, y de hecho a veces, encontrar expresión dentro de las filas de la Cuarta Internacional. Pero es condición para ser miembro de la Cuarta Internacional que la conducta de los camaradas y las secciones esté en armonía con los principios que nos sustentan. Educamos a los miembros de la Cuarta Internacional para que comprendan plenamente la naturaleza de la opresión de las mujeres y las formas perniciosas en que se expresa. Nos esforzamos por crear una organización en la que el lenguaje, las bromas, la violencia personal y otros actos que expresen intolerancia machista hacia las mujeres no se toleren, como tampoco se permitirían actos y expresiones de intolerancia racista.

6. Las mujeres miembros de nuestras organizaciones enfrentan problemas especiales, tanto materiales como psicológicos, derivados de su opresión en la sociedad de clases. A menudo, enfrentan las mismas responsabilidades domésticas que consumen mucho tiempo que otras mujeres, especialmente si tienen hijos. Se caracterizan por la misma falta de confianza en sí mismas, timidez y miedo al liderazgo que a todas las mujeres se les enseña desde su nacimiento a considerar "naturales". Estos obstáculos para el reclutamiento, la integración y el desarrollo del liderazgo de las camaradas deben ser discutidos y abordados conscientemente dentro del partido.

Como en todas las demás cuestiones, los dirigentes tienen la responsabilidad de tomar la iniciativa:

Se debe prestar atención consciente a la educación, el desarrollo político y la formación de líderes de las camaradas. Esto debe ser una preocupación constante de todos los órganos de liderazgo en todos los niveles de las secciones y a nivel internacional. Se debe considerar asegurar que las mujeres sean animadas y, aún más importante, apoyadas para asumir tareas que las desafíen a desarrollar plenamente sus capacidades: impartir clases, escribir artículos, presentar informes políticos, ser portavoces públicas y candidatas para la organización, y liderar áreas de trabajo. Solo mediante la adopción de estas medidas deliberadas y conscientes podremos maximizar el desarrollo de nuestros cuadros femeninos y asegurar que, al ser elegidas para los órganos de liderazgo en todos los niveles, esto refleje una auténtica expansión de un cuadro de liderazgo político fuerte y seguro de sí mismo, no una medida artificial que pueda resultar destructiva tanto para las camaradas individuales como para la organización en su conjunto.

Dentro de este marco general de desarrollo de liderazgo consciente, nos esforzamos por maximizar el número de mujeres en los órganos de liderazgo central de nuestras secciones y organizaciones simpatizantes e internacionales.

Este proceso se verá facilitado por el hecho de que un número creciente de compañeras estará a la vanguardia de las mujeres que luchan por acceder a empleos no tradicionales como parte de la clase obrera industrial. La confianza que les brinda formar parte de los sectores más poderosos y organizados del proletariado, el respeto que se ganan de los trabajadores, tanto hombres como mujeres, y la experiencia que adquieren como líderes de nuestra clase son cruciales para transformar la conciencia de nuestra organización y desarrollar líderes femeninas en el partido.

Especialmente para las compañeras, las dificultades derivadas de la grave insuficiencia de las guarderías financiadas por el estado suelen ser un obstáculo para

su plena participación en reuniones y otras actividades. A medida que nuestras secciones crezcan y adquieran una composición más progresista, reclutaremos a más compañeras con hijos.

En nuestras actividades públicas y a través de nuestra intervención en el movimiento de masas, nos esforzamos por concientizar a las fuerzas sociales más amplias sobre la necesidad de servicios de cuidado infantil organizados. Intentamos que el movimiento obrero apoye y priorice la lucha por servicios de cuidado infantil organizados y financiados socialmente. Exigimos que las organizaciones de trabajadores, como los sindicatos, organicen reuniones para facilitar la participación de las mujeres afiliadas y utilicen sus recursos para proporcionar servicios de cuidado infantil.

Internamente, nuestros compañeros deben ser constantemente conscientes de las cargas y obstáculos adicionales que surgen de la desigualdad social y económica generada por el capitalismo, especialmente para las mujeres y los compañeros de nacionalidades oprimidas. Tenemos esto en cuenta. Desde esta perspectiva, la dirección tiene la obligación de trabajar con los compañeros con responsabilidades familiares para buscar soluciones colectivas que les permitan minimizar los obstáculos a su actividad política. Por ejemplo, cuando se le pide a un compañero con hijos que asuma una asignación a tiempo completo, la dirección tiene la responsabilidad de discutir y tratar de resolver las necesidades especiales, ya sean financieras o de otro tipo.

Al mismo tiempo, reconocemos que existen límites a lo que el partido puede hacer. El partido por sí mismo no puede asumir la obligación material de eliminar las desigualdades económicas y sociales entre los camaradas creadas por la sociedad de clases. No podemos garantizar los servicios sociales que el capitalismo no proporciona. El partido no tiene la obligación generalizada de proporcionar cuidado infantil para igualar la situación personal de todos los camaradas, ni se pueden imponer deberes de cuidado infantil a ningún camarada.

Tal enfoque cambiaría el propósito y el carácter mismo del partido como organización política. Lo que nos une es nuestra determinación común de destruir el sistema que perpetúa la desigualdad, nuestro acuerdo sobre el programa para lograr ese objetivo y nuestra lealtad al partido basada en dicho programa.

El proceso de formación de nuestras propias militantes se desarrollará junto con la creciente participación de nuestras secciones en la lucha por la liberación femenina, y se verá facilitado por ella. El impacto de esta lucha en la conciencia y las actitudes de todas las camaradas ya ha sido profundo. La transformación de las mujeres que

integran la Internacional, que refleja nuestra participación en la lucha por la liberación femenina, es un avance histórico. La creciente confianza en sí mismas, la madurez política y la capacidad de liderazgo de las camaradas de la Cuarta Internacional constituyen una expansión significativa de las fuerzas efectivas del liderazgo revolucionario a escala mundial.

El nuevo auge de las luchas de las mujeres a nivel internacional y el surgimiento de un fuerte movimiento de liberación femenina antes de las luchas revolucionarias por el poder es un avance fundamental para el partido mundial de la revolución socialista. Aumenta el poder político de la clase obrera y la probabilidad de que la revolución internacional logre llevar a cabo su tarea de reconstrucción socialista. El auge del movimiento de liberación femenina es una garantía adicional contra la degeneración burocrática de futuras revoluciones.

La lucha para liberar a las mujeres de la esclavitud en la que las ha colocado la sociedad de clases es una lucha para liberar todas las relaciones humanas de los grilletes de la compulsión económica y para impulsar a la humanidad por el camino hacia un orden social superior.

Noviembre de 1979